

# A todo color

Cuentos para luchar contra el racismo y la xenofobia

VARIOS AUTORES



NETITI



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Allan Enrique Acho Martínez, 2024

©Ángel David Palacios Abadía, 2024

©Ángela Castro, 2024

©Cassandra Ripoll, 2024

©Eva María Pascual Aceituno, 2024

©Felipe Tenenbaum, 2024

©Laura Gabriela Castro González, 2024

©M. Soledad Sánchez Sánchez-Tembleque, 2024

©Raul Abilio Mabasso, 2024

©Ilustración de cubierta: Adaora Onwuasoanya Martínez, 2024

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña, 2024

©Maquetación: Elia Vela Laviña, 2024

©Movimiento por la Paz, 2024

[www.mpdl.org](http://www.mpdl.org)

Con la financiación de:



# A todo color

Cuentos para luchar contra el racismo y la xenofobia

VARIOS AUTORES









# El jardín de los mil mundos

**Raul Abílio Mabasso**

En un rincón olvidado del mundo, lleno de colores y sonidos, había un lugar donde las flores podían hablar y los sueños tenían vida propia, un pequeño pueblo llamado Arcoíris. Un jardín mágico donde las flores de todos los colores crecían juntas en perfecta armonía, protegido por una enorme colina donde solo los calientes se atrevían a subir.

Este lugar no era como cualquier otro: sus arcos estaban decorados con enredaderas y flores que cambiaban de color con el paso del día, y sus tablas de madera susurraban historias del pasado a aquellos que se detenían a escuchar. El jardín era conocido en toda la región por su belleza sin igual y por la increíble diversidad de sus flores. Allí, rojas amapolas, amarillos girasoles, azules campanillas y violetas orquídeas se mecían suavemente con la brisa, creando un mar de colores que parecía moverse al compás de una melodía invisible.

En el centro del jardín había un antiguo roble, majestuoso e importante, cuyas raíces profundas simbolizaban la compleja historia de la ciudad. Alrededor del roble, bancos de madera

## *A todo color*

acogían a personas de todas las esferas de la vida, donde podían sentarse, conversar y compartir sus historias.

El guardián del jardín era un anciano llamado don Kamuzu, un hombre sabio y de buen corazón que había dedicado su vida a cuidar de aquel lugar especial. Don Kamuzu conocía cada flor por su nombre y sabía cómo hacer que cada una floreciera en todo su esplendor. Pero había algo más que hacía especial a don Kamuzu: él creía firmemente que la diversidad de las flores era lo que hacía al jardín tan hermoso.

Cada mañana, don Kamuzu abría las puertas del jardín para que todos en el pueblo pudieran disfrutar de su belleza. Las familias venían a pasear, los niños y niñas jugaban entre las flores y los artistas se sentaban a pintar y escribir inspirados por el paisaje multicolor. Arcoíris era un pueblo donde la diversidad era celebrada y donde todos vivían en paz y armonía, sin importar de dónde vinieran ni cómo lucieran.

Era una mañana soleada, un espacio público en el corazón de una ciudad que había conocido tiempos mejores. Aquel lugar era un microcosmos de culturas, razas y creencias diferentes. Sin embargo, no todo el mundo compartía esta visión. A las afueras vivía un hombre llamado don Tukupasya, quien veía con malos ojos la diversidad del pueblo y del jardín. Don Tukupasya era un hombre rígido y prejuicioso, que creía que solo las flores de un mismo color debían crecer juntas.

«El jardín sería mucho más ordenado y bello si todas las flores fueran iguales», solía decir.

Un día, don Tukupasya decidió que era hora de imponer su visión en el jardín de don Kamuzu. Aprovechando la oscuridad de la noche, se adentró en el jardín con la intención de arrancar todas las flores que no fueran de su agrado. Mientras caminaba



entre las hileras de flores, arrancando aquí y allá, fue sorprendido por una suave voz que parecía surgir de las mismas flores.

—¿Por qué haces esto, don Tukupasya? —preguntó la voz.

Don Tukupasya, sobresaltado, miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

—Este jardín necesita orden —respondió con firmeza—. Las flores deben ser todas iguales para que sea bello.

La voz, que parecía emanar de una gran flor dorada en el centro del jardín, habló de nuevo.

—La verdadera belleza está en la diversidad. Cada flor tiene su propio color y forma, y juntas crean un mosaico único y maravilloso.

Don Tukupasya se sintió confundido y perturbado. Nunca había pensado en la diversidad de esa manera. Sin embargo, su obstinación era fuerte.

—No entiendo cómo algo tan desordenado puede ser hermoso.

—Hace mucho, mucho tiempo nuestros antepasados vinieron a este lugar desde tierras lejanas. Trajeron consigo sus historias, sus canciones y su amor por la naturaleza. Este jardín fue creado por ellos como un símbolo de esperanza y unión. Cada planta, cada flor aquí, es un recordatorio de nuestra fortaleza y nuestra capacidad para florecer incluso en los tiempos más oscuros.

Don Tukupasya escuchaba atentamente, sus ojos brillaban con el reflejo de las hojas oscuras y el cielo nublado. La flor dorada comenzó a brillar intensamente, iluminando el jardín con una luz cálida y acogedora.

—Déjame mostrarte algo —dijo la voz—. Cierra los ojos y escucha con tu corazón.

## *A todo color*

A regañadientes, don Tukupasya cerró los ojos. De repente, se encontró en un vasto campo lleno de flores idénticas. Todo era monótono y aburrido. No había color, no había vida. El campo era silencioso y triste.

—Este es el jardín que imaginas —habló de nuevo la voz—. Sin diversidad, no hay vida ni alegría. Las diferencias nos enriquecen y nos hacen más fuertes

Don Tukupasya abrió los ojos y vio el jardín de don Kamuzu en toda su gloria. Mientras hablaban, pequeñas figuras comenzaron a surgir alrededor del puente. Eran recuerdos personificados, pequeños espíritus que bailaban y cantaban, trayendo consigo fragmentos de historias olvidadas. Entre ellos, dos figuras con vestimentas coloridas flotaban en el aire, representando la unión y la alegría de tiempos pasados.

Por otro lado, las flores de todos los colores se mecían juntas, creando una sinfonía de colores y formas. De repente, una de las flores al borde del jardín comenzó a crecer y florecer. Sus pétalos dorados se desplegaron, revelando en su centro una llama pequeña pero intensa. De la flor surgieron hojas de papel, cada una con palabras escritas que contaban historias de valentía, amor y esperanza.

—Nunca lo había visto así —murmuró.

La flor dorada sonrió.

—Ahora lo entiendes. La diversidad no es algo que debemos temer o rechazar. Es algo que debemos celebrar y proteger.

El sol apenas había comenzado a elevarse en el horizonte. Aun así, don Tukupasya no había abandonado su deseo de imponer su visión en el jardín. Estaba convencido de que la uniformidad era la clave para la verdadera belleza y el orden. Sin embargo, sabía que no podía llevar a cabo su plan solo. Fue en-

tonces cuando, en una noche oscura y sin estrellas, conoció a una figura misteriosa llamada Umbra. Un ser de las sombras que se alimentaba del miedo y la discordia.

—¿Quién eres? —preguntó Don Tukupasya, con un leve temblor en la voz.

—Soy Umbra —respondió la figura, con una voz profunda y resonante—. He sentido tu deseo de orden y uniformidad. Puedo ayudarte a transformar el jardín en lo que deseas, pero a cambio, necesito algo de ti.

—¿Qué necesitas? —inquirió él, intrigado y cauteloso.

—Permíteme extender mi influencia por todo Arcoíris —dijo Umbra, mirándolo intensamente—. Juntos, traeremos el orden y la uniformidad que anhelas. Pero debes saber que esto conlleva un precio.

Umbra era un ser etéreo, envuelto en sombras. Sus ojos brillaban con una luz malévola y su presencia misma parecía drenar la calidez del aire. Cegado por su deseo de control y sin comprender las verdaderas intenciones de Umbra, él aceptó el trato.

—Acepto —dijo firmemente—. Haré lo que sea necesario para lograr mi visión.

Juntos, planearon su ataque en el jardín, esperando la noche más oscura para llevar a cabo su plan. Cuando llegó la elegida los dos se infiltraron con sigilo. Umbra comenzó a esparcir una sombra oscura que envolvía a las flores, drenando sus colores y apagando su brillo.

—Mira cómo la uniformidad empieza a tomar forma —dijo Umbra, su voz llena de satisfacción.

Las flores, que antes eran vibrantes y llenas de vida, ahora parecían marchitarse bajo el peso de la oscuridad. La atmósfera del jardín cambió drásticamente, volviéndose fría y sombría. El

## *A todo color*

susurro de las enredaderas y el canto de las flores se transformaron en un silencio inquietante.

—Esto es... impresionante —admitió don Tukupasya, observando el cambio.

—Sí, la oscuridad trae orden —replicó Umbra—. Pero recuerda, este es solo el comienzo. Mi influencia debe extenderse más allá del jardín sobre todo Arcoíris.

Mientras Umbra avanzaba, su sombra se extendía como un manto, cubriendo todo a su paso. Las flores perdían su diversidad de colores, volviéndose grises y apagadas. El jardín, que antes era un símbolo de esperanza y unión, se transformó en un lugar lúgubre y desolado. Don Tukupasya observaba en silencio, sin darse cuenta del verdadero costo de su visión.

—¿Esto es lo que realmente quiero? —murmuró don Tukupasya para sí, sintiendo una punzada de duda.

—No vaciles ahora —advirtió Umbra—. Hemos comenzado un cambio. La uniformidad trae paz y control. Sigue adelante.

Sin embargo, la esencia del jardín resistía. En el corazón del roble antiguo, una luz cálida y tenue seguía brillando, simbolizando la esperanza y la resistencia de Arcoíris. Aunque envuelto en sombras, el jardín aún no estaba completamente perdido.

Al día siguiente, don Kamuzu, Bakiri y Ntombi se dieron cuenta del cambio inquietante en el jardín. Las flores parecían apagadas, y una sensación de tristeza y oscuridad se cernía sobre Arcoíris. Decidieron que debían actuar rápidamente para detener a Umbra y restaurar la diversidad y la belleza del jardín.

Convocaron una reunión urgente con los habitantes del pueblo en la plaza central, explicando la amenaza a la que enfrentaban. La comunidad, unida por el amor y respeto hacia el jardín, se comprometió a luchar contra la oscuridad.

—No podemos permitir que Umbrá destruya lo que hemos construido juntos —dijo don Kamuzu con determinación—. Debemos unirnos y defender nuestro jardín.

—Contemos nuestras historias, hagamos que nuestros corazones ardan con esperanza y valentía —continuó Bakiri, levantando su bastón Tellado—. La oscuridad no puede vencer si mantenemos la luz de nuestras historias encendida.

—Y pintemos nuestros sueños y esperanzas en cada rincón del pueblo —añadió Ntombi, sosteniendo sus pinceles—. Dejemos que los colores de nuestras almas se reflejen en las paredes, en las flores, en nuestros corazones.

Cada uno de ellos tenía un papel vital en la resistencia: don Kamuzu, con su profundo conocimiento de las flores y plantas, utilizaba pociones y técnicas ancestrales para revitalizarlas. Sabía exactamente qué nutrientes necesitaba cada flor y cómo contrarrestar la sombra que las debilitaba. Sus manos expertas trabajaban incasablemente, restaurando el vigor de las plantas.

—Necesitamos más agua de manantial y hojas de verbena —ordenó don Kamuzu a un grupo de jóvenes—. Con esto, preparemos una poción que devolverá la vida a las flores.

El narrador prodigioso, Bakiri, recorría el jardín y el pueblo contando historias heroicas y de esperanza que encendían el valor en los corazones de las personas. Sus palabras tenían el poder de iluminar los espíritus y de crear una atmósfera de resistencia positiva. Las historias de antiguas victorias y la fuerza de la unidad inspiraban a todos a no rendirse.

—Escuchen, amigos, la historia de cómo el pueblo de Arcóiris se levantó contra la oscuridad —decía Bakiri a una multitud—. Unidos por la fuerza de nuestra diversidad, vencimos a las sombras y restauraremos la luz.

## *A todo color*

Ntombi, con su talento artístico, pintaba imágenes vibrantes y mágicas que parecían cobrar vida. Sus pinturas no solo devolvían el color al jardín, sino que también infundían una energía vivificante en las flores y plantas. Los murales que creaba en las paredes del pueblo se convirtieron en símbolos de resistencia y esperanza, recordando a todos la belleza de la diversidad.

—Este mural es para recordar que, incluso en los momentos más oscuros, nuestra diversidad es nuestra fortaleza —dijo Ntombi mientras pintaba una flor multicolor en la pared—. Cada color representa una historia, una esperanza, un sueño.

Además, cada miembro de la comunidad contribuía con sus habilidades y conocimientos. Los jardineros, los músicos, los artesanos, todos unieron fuerzas en una sinfonía de cooperación y creatividad, enfrentado juntos el mismo enemigo: la oscuridad que Umbra había traído.

—Cavemos nuevos surcos y plantemos nuevas semillas —dijo un jardinero, arremangándose—. La vida debe continuar, incluso bajo la sombra.

—Cantemos canciones de resistencia, que nuestras voces resuenen por todo Arcoíris —propuso un músico, afinando su guitarra—. La música es un lenguaje que la oscuridad no puede entender.

—Forjemos herramientas y adornos que reflejen nuestra unidad —dijo un artesano, levantando su martillo—. El arte es un reflejo de nuestra alma.

Con una determinación renovada y un espíritu indomable, los habitantes de Arcoíris se prepararon para enfrentar a Umbra y restaurar la luz y la belleza de su amado jardín. La confrontación final tuvo lugar en una noche sin luna. Umbra y don Tukupasya lideraron un ejército de sombras, mientras los habitantes de Ar-

coíris, liderados por don Kamuzu, Bakiri y Ntombi, defendían el jardín con todas sus fuerzas.

Las sombras avanzaban con rapidez, envolviendo todo a su paso. Pero los defensores de Arcoíris no se acobardaron. Don Kamuzu, con su sabiduría y determinación, organizó a los habitantes en líneas de defensa.

—No debemos dejar que las sombras nos separen — gritó don Kamuzu—. ¡Recordad, la fuerza está en nuestra unión!

Bakiri se subió a una roca y comenzó a narrar una historia que había aprendido de sus ancestros. Sus palabras resonaban en el aire, creando barreras de luz que repelían a las sombras.

—Hace mucho tiempo, en una tierra muy lejana, había un pueblo que vivía en armonía con la naturaleza. Un día, una gran sombra intentó destruirlos, pero unidos por sus historias y su amor por la diversidad, lograron vencerla. ¡Así también venceremos nosotros!

Las historias de Bakiri creaban escudos de luz que protegían a los habitantes y dispensaban a las sombras. Las sombras retrocedían, incapaces de penetrar la barrera luminosa que las historias creaban.

Ntombi, mientras tanto, estaba en el corazón de la batalla, pintando frenéticamente. Sus pinceles se movían con rapidez, creando imágenes vibrantes que cobraban vida. Los colores se desprendían de sus pinturas, transformándose en criaturas y armas que combatían a las sombras.

—¡Mirad cómo nuestros colores brillan incluso en la noche más oscura! —gritó la chica mientras una de sus pinturas se transformaba en un león dorado que rugía y dispersaba a las sombras.

Las flores, revitalizadas por don Kamuzu y los habitantes, comenzaron a brillar con una luz propia. Cada flor emitía un

## *A todo color*

resplandor que se unía al de las demás, creando un mosaico de colores que iluminaba el jardín y mantenía a raya a las sombras. En medio de la batalla, don Tukupasya observaba con asombro. Vio cómo las flores, las historias y las pinturas trabajaban juntas para crear una fuerza imparable. Vio a los habitantes de Arcoíris luchando no solo por el jardín, sino por la esencia misma de su comunidad.

Umbral, notando la vacilación en don Tukupasya, se dirigió a él con una voz fría y autoritaria.

—¡No permitas que te engañen! —dijo con una sombra de amenaza en su voz—. La uniformidad es la verdadera belleza, continúa con el plan.

Pero don Tukupasya ya no estaba tan seguro. Vio a una niña pequeña, aferrada a la mano de su madre, observando la batalla con ojos llenos de esperanza. Vio a un anciano ofreciendo sus últimas fuerzas para plantar nuevas flores. Vio la verdadera belleza de la diversidad, no solo en el jardín, sino en las personas mismas. Finalmente, don Tukupasya dio un paso atrás, apartándose de Umbral.

—He estado ciego —dijo, su voz llena de arrepentimiento—. La belleza no está en la uniformidad, sino en la diversidad y la unión.

Umbral, enfurecido, se volvió hacia don Tukupasya.

—Traidor —gritó extendiendo sus sombras para envolver a don Tukupasya.

Pero antes de que las sombras pudieran tocarlo, una barrera de luz creada por una de las historias de Bakiri se interpuso.

—No le tememos a tu oscuridad, Umbral —dijo Bakiri, su voz firme—. La luz de nuestras historias es más poderosa.

Los habitantes de Arcoíris, viendo la transformación de don Tukupasya, redoblaron sus esfuerzos. Con don Tukupasya ahora



luchando a su lado, las barreras de luz y color se hicieron más fuertes. Ntombi, viendo a don Tukupasya unirse a ellos, le tendió un pincel.

—Ayúdanos a pintar un nuevo futuro —dijo, con una sonrisa de esperanza.

Don Tukupasya tomó el pincel y comenzó a pintar junto a Ntombi. Cada trazo que hacía ayudaba a dispersar más sombras, y poco a poco, el jardín recuperaba su brillo y vitalidad. Finalmente, rodeado por la luz y el color, Umbra comenzó a desvanecerse, incapaz de soportar la fuerza combinada de la resistencia.

—¡No! —gritó Umbra—, ¡esto no puede ser el final!

Pero el poder de la unidad y la diversidad fue demasiado fuerte. Umbra se desvaneció en la oscuridad de la noche, dejando el jardín de Arcoíris resplandeciente una vez más. Don Kamuzu, Bakiri, Ntombi y don Tukupasya se reunieron en el centro de jardín, rodeados por los habitantes del pueblo.

—Hemos demostrado que la verdadera fuerza está en nuestra diversidad y unidad —dijo don Kamuzu con orgullo—. Este jardín siempre será un símbolo de lo que podemos lograr juntos.

Los habitantes de Arcoíris celebraron su victoria, sabiendo que mientras permanecieran unidos, siempre podrían superar cualquier oscuridad. Con la ayuda de don Tukupasya, los habitantes lograron derrotar a Umbra y restaurar el jardín a su antiguo esplendor. La sombra desapareció, y el jardín volvió a brillar con todos sus colores y vida. Las flores, que habían sido apagadas por la oscuridad, recobraron su vitalidad, llenando el aire con sus fragancias y colores vibrantes.

Don Tukupasya se arrodilló ante don Kamuzu, Bakiri y Ntombi con los ojos llenos de arrepentimiento.

—Perdón por mi ceguera —dijo con voz temblorosa—. Nunca debí dejar que la oscuridad de mi corazón nublara la belleza

## *A todo color*

de este jardín y de nuestra comunidad. Prometo dedicar el resto de mi vida a proteger la diversidad y la armonía de Arcoíris.

Don Kamuzu le puso una mano en el hombro.

—Todo cometemos errores, don Tukupasya. Lo importante es que has aprendido y has decidido cambiar. Juntos, seremos más fuertes.

Desde aquel día, don Tukupasya cambió. Se convirtió en un defensor de la diversidad y trabajó junto a don Kamuzu para cuidar del jardín. Enseñó a otro sobre la importancia de la diversidad y cómo cada flor, con su color y forma única, contribuirá a la belleza y riqueza del jardín. La noticia de la victoria y la redención de don Tukupasya se extendió rápidamente por todo el pueblo. Los habitantes de Arcoíris, llenos de alegría y alivio, decidieron celebrar con una gran fiesta que duraría varios días.

El Jardín de los Mil Mundos se convirtió en el epicentro de la celebración. Bakiri tomó su lugar habitual en la gran roca central, donde comenzó a contar historias de heroísmo, unidad y esperanza.

—Había una vez, en un jardín mágico, un pueblo que enfrentó una gran oscuridad. Pero, con coraje y amor, lograron vencerla. Esta es nuestra historia, y siempre será un recordatorio de nuestra fuerza y unión.

Las historias de Bakiri resonaban en el aire, creando una atmósfera de alegría y reflexión. Los niños, niñas y adolescentes se reunían a su alrededor, escuchando con ojos brillantes y corazones llenos de inspiración. Ntombi, con su talento artístico, decoró el jardín y el pueblo con murales vibrantes que representaban la batalla y la victoria. Pintó escenas de flores resplandecientes. De figuras heroicas y de la comunidad unida en su diversidad. Cada pincelada era un tributo a la resistencia y a la belleza del jardín.

—Este mural —dijo Ntombi, señalando una de sus obras— simboliza nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. Siempre recordaremos que la diversidad es nuestra mayor fortaleza.

Don Kamuzu y don Tukupasya, junto con otros jardineros, trabajaron incansablemente para asegurarse de que el jardín estuviera en su mejor estado para la fiesta. Plantaron nuevas flores, podaron las plantas y crearon senderos de colores que guiaban a los visitantes a través del jardín mágico.

—Este jardín no solo es un lugar de belleza —dijo don Kamuzu mientras plantaba una nueva flor—. Es un símbolo de nuestra comunidad, de nuestras historias y de nuestra esperanza para el futuro.

La fiesta en Arcoíris fue una explosión de alegría. Hubo música, danzas y comidas deliciosas preparadas con ingredientes frescos del jardín. Los músicos locales tocaron melodías que reflejaban la diversidad cultural del pueblo, mientras las personas bailaban y celebraban juntos, sin importar sus diferencias.

En el centro del jardín se erigió un nuevo monumento: una gran escultura que representaba a todas las flores del jardín entrelazadas, con una luz brillante emanando desde su centro. Fue llamado «El Faro de la Diversidad».

—Este monumento —anunció don Tukupasya, con lágrimas de emoción en sus ojos— nos recordará siempre que la verdadera belleza está en nuestra diversidad. Que nunca debemos temer a lo diferente, sino celebrarlo.

La noche culminó con una ceremonia de luces. Cada habitante de Arcoíris llevó una linterna de colores que colocaron alrededor del Faro de la Diversidad. A medida que las linternas se encendían, el jardín se llenaba de una luz cálida y multicolor, simbolizando la unión y la esperanza de la comunidad.

## *A todo color*

Don Kamuzu, Bakiri, Ntombi y don Tukupasya se reunieron junto al Faro de la Diversidad, observando como las linternas iluminaban el jardín.

—Hemos creado algo hermoso aquí —dijo Ntombi, con una sonrisa—, algo que ninguna sombra podrá apagar jamás.

Bakiri asintió, con los ojos brillantes.

—Este jardín siempre será un lugar de esperanza y unión. Un recordatorio de que juntos, podemos superar cualquier barrera.

Don Kamuzu miró a su alrededor, viendo a los habitantes de Arcoíris celebrando juntos, y sintió una profunda paz en su corazón.

—Así es —dijo con voz firme—. Este jardín es un símbolo de nuestro amor, nuestra resistencia y nuestra identidad. Y siempre lo protegeremos.

Con la llegada del amanecer, el Jardín de los Mil Mundos resplandeció bajo la luz del sol, mostrando toda su belleza y esplendor. Los habitantes de Arcoíris sabían que, mientras permanecieran unidos, no había oscuridad que pudieran temer. Y así, el Jardín de los Mil Mundos siguió siendo un faro de esperanza y diversidad, recordando a todos que la verdadera belleza está en la variedad y la unión de todos sus elementos.



## El mapa de mi cole

**M. Soledad Sánchez Sánchez-Tembleque**

Hoy vamos a pintar el mapa de nuestro colegio.

Eso es lo que nos ha dicho Seño. Hemos venido a la biblioteca para hacer un mural gigante. Me gusta venir aquí, huele muy rico. Está extendido encima de la mesa larga y grande que hay cerca de las ventanas del fondo; casi la ocupa entera, es enorme. Está a medio terminar, se nota que ya han venido de otras clases a pintarlo. Nos colocamos todos alrededor. Es un mapa del mundo dibujado en un papel continuo blanco. También hay marrón, pero más bonito blanco para que se vean bien los colores. A mí me gusta mucho dibujar. Seño nos mira con cara de satisfacción, parece que está contenta con el mapa y dice que este cole es superguay porque hay niños y niñas de todas partes. Seño nos enseña español, pero también hacemos otras cosas, como hoy, que hacemos un mural para la fiesta.

—Vamos a hacer una fiesta —nos dice.

No sé qué fiesta es, pero para eso estamos haciendo este mapa. ¿Será la fiesta de los únicos?

## *A todo color*

Seño habla y habla, algunas veces no la entiendo, pero ella me lo explica. A mí también me gusta hablar, pero como no sé mucho español, me pongo nervioso porque las palabras quieren salir y empujan en mi cabeza. Pero no salen.

Momar se ha sentado a mi lado y me acaba de quitar el estuche. Abre la cremallera y se pone a mirar dentro. Seguro que ahora me lo devuelve, solo lo coge para cogerlo, nada más. Momar es así. Si no te enfadas con él, te lo devuelve enseguida. El estuche de Momar está roto, la cremallera no abre y dentro solo hay un lápiz comido y dos colores, uno verde y otro rojo. No tiene ni goma, ni afilador, ni nada más.

—Ayer estabas en el parque —me dice. Acaba de sacar mi goma nueva y juega con ella lanzándola al aire. Es una goma preciosa, de muchos colores.

—Ya —le contesto. Y dejo de pintar para vigilar mi goma—. Yo sé.

Hay un parque cerca de mi casa. Vamos casi todos los días mi hermano Liu Chang y yo. Tenemos ocho años y siempre estamos juntos, incluso desde antes de nacer porque somos mellizos. Yo me llamo Liu Qing, pero en el cole me llaman solo Liu. A Liu Chang le llaman Linchan. Es raro, pero ya nos hemos acostumbrado los dos.

En el parque siempre hay gente: ancianos, jóvenes, señoras, grupos de amigos... No se puede entrar con perros y siempre hay niños. También van algunos de mi cole, como Momar. Por eso me vio.

Tengo una amiga nueva que no es de mi cole. Se llama Celia. Parece china, pero es española; la trajeron desde China cuando era pequeñita, igual que a mí, pero ella era muchísimo más pequeña que yo, casi no sabía ni andar.

Su mamá se sienta en el banco, vigilando a su hermana pequeña que también es china española. Su mamá no es china, es una señora rubia, muy alta que siempre lleva unas gafas de sol azules, enormes. Mi mamá nunca viene al parque, está en la tienda con papá; solo se asoma a la entrada de vez en cuando y mira.

Estuvimos jugando los tres. Al principio Liu Chang le hablaba en chino y ella no se enteraba de nada, así que pensamos que era un poco rara, pero para jugar al pilla-pilla no importa, no hay que hablar mucho, solo correr. Y ella corre un montón.

Ahora ya sé lo que pasa porque ella me lo explicó:

—Tú eres chino chino, no como yo, que soy española china. Por eso no hablo en chino todavía. —Al ver mi cara de asombro, me explicó más—. Mi mamá me ha apuntado en clases de chino.

No tiene papá, su mamá fue sola a buscarla a China. Bueno, con su tía Carmen, y después fueron otra vez a buscar a su hermanita; ella también fue, aunque no se acuerda mucho.

—No entiende —le dije aún con cara de asombro—. ¿Por qué? ¡China es muy lejos!

—Porque sí, porque quiso—. Parecía un poco enfadada, puso los brazos en jarras y me miró con cara de «¿algún problema?». Yo no pregunté nada más, solo hice un gesto de asentimiento.

Pienso que será porque se perdió de su mamá en China y su madre española se enteró de alguna manera y por eso fue a buscarla. No le he preguntado más cosas porque se puso muy seria. A mí me da igual, aunque no lo entienda bien, es divertida y corre mucho. A lo mejor quiere ir a China a buscar a su madre china y por eso su mamá española quiere que aprenda chino. Me acordé de mi hermana y me puse triste.

Mi hermana Sue, la mayor de la familia, se quedó allí, no quiso salir de China, tenía un novio. Se fue a vivir a otra ciudad y no

## *A todo color*

vino con nosotros. Todos los días me acuerdo de ella, me contaba cuentos. Los demás estamos aquí, pero no somos españoles, somos chinos, aunque no vayamos nunca más a China, somos chinos. A mí me gusta el español, pero a mi hermano gemelo no le gusta nada.

Liu Chang se reía cuando hablaba y Celia no le entendía. Hasta que me enfadé con él y le recordé lo mal que se pasa cuando te hablan y no entiendes, como nosotros en el cole y sobre todo él, que no quiere aprender español y entiende menos que yo.

Si nunca más vamos a China, al final seré un chino español. Con mi hermano no sé qué pasará, igual será siempre chino chino. No importa lo que sea, siempre seré yo. Seño dice que cada uno somos únicos, da igual de donde vengamos. Únicos. Al principio no entendía esa palabra y como Seño lo dice muchas veces tuve que preguntar. Me dijo «tu siempre serás tú, nadie más es igual que tú, eso es único, solo hay un Liu y ese eres tú».

Único.

—Estabas en el parque con una niña china —dice Momar.

—Se llama Celia y no es china, es española china —le aclaro yo.

Acaba de guardar la goma en su sitio y tira el estuche al suelo, al lado de mi silla y se ríe. Yo lo recojo y me pongo a pintar. Mi estuche es bonito y está lleno de lápices de colores.

—¡Tío! ¿¡Qué pasa!?! —me revuelve el pelo. Momar está en mi clase, es mi amigo, aunque molesta de broma y siempre se está peleando.

—¿Sabes? Ayer me llevaron a dirección, le pegué una piña a Babacar, me tiene harto —dice Momar poniéndose muy serio. Cuando se pone serio levanta una ceja.

—Pero Babacar tu hermano, ¿sí? —le pregunto porque siempre están juntos, como mi hermano y yo.



—Que va, tío, ¡tú flipas! Babacar es de Senegal, como yo, y algunas veces es mi amigo, pero ya me tiene hartó. Le pegué porque me insultó, me llamó negro.

—¿Negro insulto? —le digo negando con la cabeza.

—¡Pues claro! La maestra dice que no, pero me lo dijo como un insulto y la directora se enfadó con él. —Ha vuelto a coger el estuche, pero esta vez no lo abre. Se lo pasa de una mano a otra como si fuera un balón—. Al final nos dimos la mano.

—¡Pero Babacar, tú si amigo! —le digo quitándole el estuche de la mano.

—¡Yo tengo muchos amigos! Tengo un amigo que se llama Luto. Me gusta salir con él porque vamos con los mayores que fuman y se sientan en los bancos del árbol bonito, ¿sabes dónde te digo? —pregunta.

—Sí, sí —asiento con la cabeza.

Se refiere al árbol bonito que hay en el parque, el de las flores rojas que parece una sombrilla gigante.

—Yo no fumo, aunque a veces se lo pido a Luto, solo para cogerlo. ¡Queda chulo! —dice él muy sonriente mientras yo vuelvo a pintar el mapa.

—¡Mira! —me dice dándome un empujón que hace que el lápiz salga volando. Me levanto para recogerlo, tengo que mirar debajo de la mesa. Lo encuentro en la otra punta. Cuando vuelvo, Momar se mete su lápiz comido en la boca, y hace como que fuma. Cogiendo y soltando mucho aire.

Lo dice mirando a Marina. Señó nos la acaba de presentar; es nueva, acaba de llegar no se de dónde, no entiende bien, y lo mira con cara de asombro. Ella no está en nuestra clase, pero como hoy hacemos el mural, estamos juntos en la mesa grande de la biblioteca.

*A todo color*

—¡No bueno! —le dice ella divertida, señalando el lápiz-cigarro, porque Momar pone unas caras muy graciosas.

Momar se ríe tan alto que Señor le dice que se ponga a trabajar y deje de hacer ruido. Momar se calla y la mira con cara de pocos amigos, pero Señor no le hace caso, le mira con una buena sonrisa.

—¿A ti te gusta el colegio? —dice en voz baja, sin dejar de mirar a Marina—. A mi no. Siempre me suspenden, por eso no me gusta. A veces paso de venir, me quedo por la calle dando vueltas por ahí. ¡Paso!

—¿Tu mamá? ¿Enfada con tu? —le pregunto.

—Sí, claro, cuando se entera —dice con una carcajada—. ¡Es una pesada, siempre con «tienes que estudiar para tener un buen futuro»! Cuando sea grande voy a tener mucha pasta, iré a ver a toda mi familia. Tengo seis hermanos mayores en mi país, pero no los conozco, porque vine de bebé.

Otra vez tiene el estuche, lo abre despacio y coge la goma.

—¡Está guapa la goma esta! —la aprieta dentro de la mano y la goma desaparece dentro.

—Dame goma —le pido.

—También veré a mi padre —continúa sin hacerme caso—. Se marchó otra vez, por eso se queja mi madre, es una pesada. Mi madre es superpesada. Ya no me acuerdo de cómo es mi padre. Algún día iré a ver a toda mi familia, cuando sea grande y tenga pasta.

Marina ya no le mira, está pintando en el mapa. Seguro que sabe muchas cosas, pero como no sabe hablar bien, tendrá todas las palabras en su cabeza sin poder sacarlas, como yo. Momar vuelve a mirarla.

—¡Marina! ¿Qué pasa? ¿Ya no dices nada? ¿Eh? —dice hablando muy alto.

Vuelve a fumar con el lápiz, más ruidoso que antes y me da un codazo, mirándola a ella.

—Marina, ¿qué pasa? Marina, ¿qué pasa? Marina —canturrea Momar.

Yo no sé lo que Marina entiende, pero se pone roja, suelta el lápiz que tiene en la mano y se pone a mirarnos, primero a uno y luego a otro.

—¿Qué paaaaaasa? —preguntamos los dos a la vez.

Entonces ella empieza a hablar, tan deprisa que no la entendemos nada, hasta que me doy cuenta de que no entendemos nada porque está hablando en su idioma, que no se cual es.

—*Si, Marina, sí. Vengo de Rumania, de un sitio que se llama Tirgu Mures, y hace poco que he llegado. Mi mamá vino hace dos años, yo me quedé con mi abuela, pero mi mamá no quiere hablar con ella. Fue mala con mi hermano, eso dice mi madre, pero conmigo fue buena. Vinimos mi hermano y yo, tuvimos que cruzar mi país, primero en tren, bueno, desde el pueblo, mi abuela nos dejó en un autobús que nos llevaba al tren. Hacía mucho frío y la maleta pesaba mucho. Malik llevaba la suya y otra de cosas de mi madre, claro, yo tenía que cargar con la mía, aunque mi hermano me ayudaba. Es muy fuerte, tiene 16 años, el pelo largo y le gusta vestir con ropa negra. No quería venir, pero con la abuela no se podía quedar; además me tenía que acompañar* —dice de un tirón.

Poco a poco, los niños que estaban pintando, han soltado los lápices y miran a Marina asombrados, algunos aguantando la risa. Alicia sigue pintando como si nada sucediera. Uno, que no sé cómo se llama, se tapa la boca con la mano. Hasta Señor la mira, pero no le dice que se calle ni nada, se levanta y se acerca despacito hacia Marina. Momar, muy nervioso, no para de darme codazos y empujones.

## *A todo color*

—Luego, después del tren —se paró un momentito para coger aire— vino un amigo de mi tío y nos llevó a su casa, pero era muy pequeña, así que nos quedamos dormidos los dos en un sillón. Nos despertó temprano para que nos fuéramos. Hacía «¡¡¡¡Shhhhh!!!!» para que no hiciéramos ruido. Mi hermano se enfadó, pero no entendí bien lo que pasaba. Era todavía de noche cuando salimos de la casa. En otro autobús, que por fin llegó, nos trasladamos al aeropuerto. Nos comimos todo lo que había preparado mi abuela, ¡Una mochila llena de cosas! Menos mal que cuando se nos terminó la comida nos montamos en el avión. Ya no me acuerdo de más hasta que me despertó una azafata porque íbamos a aterrizar —se calla un momento—. Estoy triste pero contenta, contenta pero triste. Ahora estoy con mi madre, la veo poco porque trabaja en un bar todo el rato, voy a verla cuando salgo del cole y comemos en el bar. Su jefe es muy bueno con nosotros, nos deja ir a ver a mi madre y comer allí. A Malik no le gusta nada y dice cosas malas de él cuando estamos solos —suspira—. Extraño mucho a mi abuela, a mis amigos y algunas veces pienso en mi maestra que me enseñaba muchas cosas—. Marina se queda callada con la cara triste.

Seño, que está a su lado, detrás de ella, le da un abrazo y le acaricia la cabeza. Nos quedamos todos quietos y en silencio, hasta que Momar empieza a gritar riéndose.

—¡Chacho! ¡Que pasada! —Momar la mira con los ojos muy grandes—. ¡Que flipante! —chilla.

Empieza a bailar y saltar por la clase, aplaudiendo a Marina que empieza a reírse, yo también, y los demás del mural también. Es imposible no reírse de las tonterías que hace Momar.

Marina con la risa se pone más roja. Seño se quiere enfadar, pero al vernos a todas las niñas y a todos los niños riendo como locos, se ríe ella también.

—¡Venga! ¡Ya vale, niños! ¡Niñas! —dice—. ¡Que les va a dar un ataque! ¡Venga, que debemos tener el mural acabado para la fiesta!

Nos vamos calmando, aunque Momar no deja de mirar y sonreír a Marina, que también le sonrío. Creo que ya se han hecho buenos amigos.

—A ver, vamos a buscar las ciudades de cada uno para colocarlas después en nuestro mapa —dice Señor.

Se acerca al mapamundi que hay en la clase. Casi todos se levantan, empiezan a buscar y a señalar la suya. Somos por lo menos diez, además ya hay muchas señales en el mapa de los que han venido antes. Señor manda a cada uno a su sitio y vuelve la calma a la clase; tenemos que ir al mapa cuando nos toque y después al mural a poner la señal.

Todavía estamos un poco revolucionados con tanta risa. Yo no me muevo de mi sitio porque no lo puedo decir, mis padres me dijeron que no lo dijera.

—Ven Liu, ven a señalar —me llama Señor.

Me toca y me da otra vez la risa porque no se lo puedo decir. Es un secreto de mi familia. Los secretos me dan risa. Los niños, al verme, también se ríen. Señor me mira sorprendida.

—¿Qué pasa, Liu, no sabes su nombre? ¿Se te ha olvidado? —me pregunta.

Yo, con mi risa, le intento explicar que no se lo puedo decir, poniéndome una mano en la boca y diciendo que no con el dedo.

—¿No puedes hablar? ¿Por qué no? —dice Señor.

—Mi papá dice no puede —le digo—. Mi mamá, dice no puede.

—¡Qué pasada! —Momar se muere de risa y me señala—. ¡Que loco, mano!

*A todo color*

—Secreto, Señor —contesté yo con risa.

Todavía no se me pasaba la risa del todo, pero Señor me está esperando, así que me acerco al mapa y pongo un dedo encima de encima de Pekín.

—Mira Señor, tengo punto, no este, otro punto, no dices, ¿vale? —le pido.

Señor asiente y ponemos la señal un poco más lejos del punto, casi en el centro de China, que es enorme.

Le toca a Fatma, pero no tiene ganas de levantarse y mira para otro lado. Daniela levanta la mano y antes de que Señor le diga nada, se levanta y pone una señal encima de Colombia. Hay muchos niños y niñas de Colombia aquí.

—Bueno, Fatma, ahora te toca. Si no quieres levantarte, cuéntanos algo de ti o de tu familia, a ver si podemos poner alguno tu señal en el mapa—dice Señor.

Daniela, que se acababa de sentar, se coloca rápidamente al lado del mapa esperando la respuesta de Fatma. Siempre está paseando en la clase, Señor le dice que si tiene hormiguitas en la silla.

—Pues vale, de mi hermano —dice—. Moha se volvió al Sahara, pero no hace nada, solo se sienta allí en la calle a charlar. No quiere venir más, dice que allí esta su casa. Aquí no le gusta, no hay trabajo, no quiere ser extranjero aquí. El resto familia estamos aquí. Mi hermano pequeño no extranjero, tiene papeles, nació aquí. Lo mejor viene Moha un día, todavía no conoce Hamid, el pequeño. Quería venir, dijo, para estudiar, pero luego no dejaban papeles para salir, no sé, rollo de papeles que no sé. A mí me gusta que Moha esté aquí —Fatma habla muy bajito.

—Mi abuelita se quedó en Colombia y la añoro mucho —dice Daniela.

Busca el Sahara en el mapa, pero no lo encuentra hasta que Seño se lo muestra. Hay unas cuantas señales más por ahí. Hay señales en muchas partes del mapa.

Yo me acuerdo de mi hermana y de los cuentos. Me quedo mirando el mapa y me pongo a pensar. También me ocurre en casa, a veces me paro a pensar, bueno, mi cabeza se pone a pensar sola, en cosas que recuerdo de China o en otras cosas.

Pienso en el mapa y en los niños y las niñas de mi cole, que venimos de muchos sitios diferentes. Algunos niños se ponen tristes porque echan de menos a sus amigos o a la familia, como Momar a su padre, Daniela a su abuelita, Fatma a su hermano, o como yo a mi hermana. Y les puedes echar de menos, aunque no te acuerdes de ellos.

Me parece que todo el mundo echa de menos a alguien, como Felipe, que nació aquí, pero a veces llora, porque, como Momar, se acuerda de su padre. No lo ve desde que sus padres se separaron y eso sí que es raro porque ni siquiera se ha ido a otra ciudad.

Unos tienen solo madre, como mi amiga del parque o como Daniela, o abuela, como Alex, que su mamá trabaja en un sitio lejos, o dos madres como Aday. Unos tienen muchos hermanos y no los conocen; otros no tienen ninguno, que es casi lo mismo.

Algunas veces nos ponemos tristes, a veces nos duele la barriga, a veces nos ponemos malos; a casi todos nos gustan los caramelos, menos a María; a nadie le gusta ese puré de color rosa que ponen en el comedor, ni siquiera a Jessy, que se lo come siempre todo; a casi todos nos gusta el cole, a Momar no, pero porque siempre suspende; pero a todos, segurísimo, segurísimo, nos gusta jugar, nos gusta reírnos, y las pelis de la tele, y...

—¡Liu! ¡Liu! ¡Liu Qiang! —es Seño, que me está llamando.

## *A todo color*

Todos están ya en fila en la puerta, menos yo. Toca el recreo, así que todo el mundo tiene ganas de salir al patio. Empiezan a salir y Seño se queda esperándome.

—Sí, Seño —contesto acercándome a la puerta.

—¿Te quedaste pensando? —pregunta—. Anda, dime en qué pensabas.

Me pongo el dedo en la frente para pensar mejor y busco entre todas las palabras que se me juntan en la cabeza. Seño me mira como si no tuviera prisa por salir. Quito el dedo y sonrío contento, porque sé, que esta vez, casi, casi, me va a salir bien.

—Espera, Seño —contesto señalando el mapa—. Aquí muchos únicos. Tengo mapa cole muchos puntos, tengo grande mundo, muchos niños igual únicos, muchas niñas igual únicos —afirmo varias veces con la cabeza—. Todos, todos, todos niños, todos niñas, tengo todos igual aquí —digo señalándome el corazón.

—Claro que sí —dice.

—Espera, Seño —sigo hablando—, también que más, que más, que más gusta todos niños, todos niñas —me paro un momento para darle emoción—, gusta jugar, gusta reírse, gusta jugar, gusta reírse. ¿Verdad, Seño?

La Seño me sonrío, dice que sí con la cabeza y me dice algo, pero no me entero porque estoy mirando el mapa de mi cole y pensando: ¡Es nuestra fiesta de muchos únicos!





## El bloque de vecinos

**Eva María Pascual Aceituno**

Érase una vez un bloque de pisos cuyos habitantes compartían una única característica: ser autóctonos del pueblo, aquellos denominados castellanos viejos porque no bastaba con haber nacido en aquel lugar, sino que debían demostrar que mínimamente les precedían tres generaciones, con nombre, apellidos y apodos conocidos por todos los vecinos. ¿Y a qué se debía dicha particularidad? Eran viviendas de un único propietario, quien las rentaba para obtener ganancias extra y, como estrategia, procuraba no mezclar culturas ni creencias, así evitaba —o eso pensaba— tener que soportar quejas constantes y solucionar interminables dilemas. No obstante, era más que evidente que la convivencia vecinal no siempre fluctuaba como le hubiese gustado, pues, pese a ser residentes del pueblo de toda la vida, no había ningún otro rasgo que los unificara. Por poner un ejemplo, podía ser motivo de discusión dejar la puerta principal entreabierta, lo cual suponía, para unos, un riesgo para el vecindario —ya que invitaban a desconocidos a adentrarse en aquel edificio—, mientras que otros veían como una ventaja el

## *A todo color*

ahorrar tiempo para entrar en casa porque no habían de buscar las llaves.

Entre los vecinos destacaba una pareja con niños pequeños, quienes armaban cierto revuelo debido a la naturaleza de tan corta edad. También había un señor ya jubilado que vivía con su perro, un bulldog francés que roncaba tanto que desvelaba por las noches al personal. El damnificado solía ser el vecino del primero, quien debía madrugar, pero posponía su alarma cada cinco minutos para apurar hasta el último segundo en la cama, y este hecho también causaba molestias a las viviendas colindantes porque las paredes retumbaban cada vez que el móvil vibraba con el modo despertador. Y había una señora de edad ya bastante avanzada que apenas salía de casa; su movilidad era tan reducida que se vio forzada a utilizar una silla de ruedas para poder desplazarse, y su principal pasatiempo era el piano, aquel objeto de teclas sonoras que deleitaban los más exquisitos oídos e incordiaban a quienes buscaban en ciertos momentos paz y silencioso reposo. El resto de habitáculos ahora permanecían vacíos. Con el paso de los años y la creciente oferta laboral en el núcleo urbano, los más jóvenes se veían obligados a abandonar aquel pueblo que los vio nacer. Como consecuencia, cada vez era más difícil encontrar individuos que reunieran las características necesarias para vivir en aquel peculiar bloque de vecinos y que, además, quisieran hacerlo.

Un día llegó una nueva habitante al lugar. Esta vez, el case-ro optó por no formularle demasiadas preguntas; en esos duros tiempos donde escaseaban candidatos como inquilinos, su único fin era aceptar más arrendatarios a toda costa. De hecho, su presencia pasó casi inadvertida porque se trataba de una muchacha entrada en los treinta que trabajaba día y noche para permitirse

su independencia. Podría decirse que ni sabían de su existencia porque, a diferencia de los demás, ella era realmente discreta; no generaba ningún tipo de ruido el poco tiempo que pasaba en el hogar, ni tampoco recibía visitas inoportunas. Era, en resumidas palabras, el tipo de vecina que cualquier persona quisiera tener. Pero su casi invisibilidad no significaba que fuese poco observadora, todo lo contrario. Indagó en el perfil de cada vecino, lo cual no le costó demasiado porque se podían contar con los dedos de una mano, así se preparaba para posibles futuras represalias, aunque estas fuesen injustificadas —no sería la primera vez y, desgraciadamente, tampoco la última—.

Una mañana escuchó al otro lado de la puerta cómo dos de ellos cuchicheaban sobre la señora en silla de ruedas. Comentaban que se había vuelto una cascarrabias y de un humor poco tolerable, tanto que la persona que tenía como apoyo en su casa, una joven que la ayudaba con la limpieza y la comida, había decidido irse para siempre. Y con esta, ya sumaban tres en cuatro meses. Así que ella, la nueva inquilina, quiso aportar su granito de arena para contribuir al bienestar de la señora. Pensó que prepararle un casero y completo plato para comer le sentaría bien y lo agradecería, mas luego reflexionó y llegó a la conclusión de que, si quería que aceptara su ofrenda, debía mantenerse en el anonimato. Por lo poco que había averiguado y lo mucho que había padecido en sus propias carnes, no le costó descubrir que las últimas asistentes que había tenido eran originarias de otros países, hecho que la vecina relacionaba con su supuesta incapacidad de llevar a cabo labores sencillas, y por eso terminaba despidiéndolas o abocándolas a que ellas mismas renunciaran por el injusto trato recibido. Ella no sería la excepción.

Al día siguiente, tras mucho madurar el plan de cómo tomar contacto con la señora, creyó que lo más inteligente sería dejarle

la bandeja con los manjares cocinados por ella delante de su puerta, que bastaría con acompañar de una nota para así poder entregar su regalo sin ser vista. Y así lo hizo. Se escabulló rápidamente segundos después de colocar la bandeja en el felpudo y de tocar el timbre para dar el toque de atención que su vecina necesitaba. Al abrir la puerta, la señora Antonia, que así fue bautizada, se llevó una grata sorpresa al ver aquellas delicias. Detectó inmediatamente la nota que había dentro de un sobre y se dispuso a leerla: «Querida vecina: Soy la nueva inquilina, que ocupa actualmente el piso del tercero B. Primero de todo, mil disculpas por no esperar a que me abra la puerta, pues tengo el tiempo justo para llegar al trabajo y ahora mismo no podía detenerme como me hubiera gustado a charlar con usted. En segundo lugar, quería comentarle que ayer preparé más comida de la habitual y es demasiado para mí sola, por lo que me encantaría que la compartiéramos. Espero que el plato sea de su agrado y que nos podamos ver muy pronto».

La señora Antonia se tomó aquella nota como un doble regalo. No solamente le habían alegrado el día al solucionarle el menú de aquel mediodía, sino que también había acogido con gran ilusión el posible encuentro con su nueva vecina. Hacía mucho tiempo que sentía que se había quedado sin confidentes y esta podría ser la oportunidad perfecta para iniciar una nueva amistad. Es por eso que, en modo de agradecimiento, no tardó más de dos días en dejarle otra nota a su vecina —esta vez, porque no se hallaba en casa— para invitarla a tomar el té la tarde siguiente.

Cuando Samira, que así se llamaba la muchacha, leyó su contestación, no dudó en aceptar. Así que al día siguiente, a las cinco en punto de la tarde, se presentó en la puerta de la señora

Antonia, quien la esperaba con tantas ansias que apenas le dio tiempo a tocar el timbre cuando la puerta se abrió de par en par. Lo primero que hizo la señora Antonia fue ofrecerle un té caliente con unas pastas que había encargado en la pastelería de la misma calle y, acto seguido, comenzó a alabar la comida que había recibido por su parte dos días antes. Tras unas breves presentaciones formales vinieron otro tipo de interrogantes, como desde cuándo vivía en el edificio, a qué se dedicaba, si era soltera o casada, etcétera. Y mientras intercambiaban información personal que cada vez las iba haciendo más cercanas entre ellas, Samira podía observar un brillo especial en la mirada de la señora Antonia. Quizá se debía al tiempo transcurrido desde la última visita que la señora Antonia había tenido, o puede que se debiera a que esta daba por hecho que su arrendador era muy estricto con las normas, pero parecía que o no le daba importancia o no se había percatado de que Samira no cumplía aquella tradicional norma que era sagrada para todos los vecinos de aquel bloque, la de ser castellano viejo. Hasta que llegó la gran pregunta por parte de la señora Antonia: «¿Y tu familia quién es? ¿Qué apodo tenéis?». Era evidente que su nombre, revelado al principio, la señora Antonia no lo había atribuido a ningún sector concreto porque, siendo realista, sabía que en ese aspecto todo el mundo había evolucionado. Lo más habitual acorde con la modernidad de los tiempos era poner a las nuevas generaciones nombres poco frecuentes, para que destacaran entre la multitud. Todo lo contrario a lo que ella vivió, tiempos en los que abundaban las Antonias, mas ahora era casi anecdótico encontrar una muchacha joven que fuese su tocaya.

Samira contestó humildemente que su familia en el pueblo era una completa desconocida, pues sus padres, muy a su pe-

sar, vivían todavía en Marruecos y los echaba muy en falta. La estupefacción de la señora Antonia se manifestó en su rostro y Samira, muy cordial, se despidió con una excusa para dejar a su vecina asimilar la noticia con tranquilidad. Aquella respuesta le había caído a Antonia como un jarro de agua fría; para ella, era como un impedimento para sembrar la que parecía una incipiente amistad. Si ya había rencillas entre vecinos de toda la vida del pueblo, ¿cómo no iba a tener encontronazos con Samira, siendo de una cultura tan diferente a la suya, según su forma de verlo? Su preocupación fue aumentando cada vez que imaginaba cómo sería el futuro de Samira. A su parecer, probablemente formaría una familia pronto, con un marido de la misma condición y con multitud de hijos, como era costumbre en su religión. Y por si eso fuera poco, al escándalo que los futuros descendientes pudieran ocasionar había que sumarle los rezos a altas horas de la madrugada, en aquel bloque, donde el verano era especialmente sofocante y por norma general dejaban abiertas las ventanas de noche, con la esperanza de que corriera levemente el aire. Además, la distancia entre unas ventanas y otras, en específico en el patio de luces, era tan corta que hasta los susurros provenientes de otros pisos hacían eco. Por todas estas elucubraciones, no vaticinaba una convivencia silenciosa.

Pasaron varias semanas y el poco contacto que tuvieron Samira y la señora Antonia fue algún día de junta urgente —y clandestina— organizada por los propios vecinos. Como el casero común no se dignaba a solucionar incidentes como cuando se estropeaba la puerta del garaje, los vecinos debían poner ingenio y, en la mayoría de las veces, dinero para remediarlo por ellos mismos. Y un día Samira propuso mejorar la accesibilidad de aquel recibidor. Aunque el edificio disponía de ascensor, había que su-

bir cinco peldaños, más que suficientes para ser un incordio para personas como su vecina, la señora Antonia, quien necesitaba ayuda externa si los quería subir y bajar, acción inevitable para entrar y salir de la vivienda. Como su propuesta conllevaba una solución que implicaba poner dinero, y sus vecinos eran tacaños a la par que poco solidarios —cabe destacar que solo la señora Antonia tenía restricciones de movilidad—, no dispuso de apoyo suficiente para llevar a cabo su idea. No obstante, Samira no se daba por vencida con facilidad, así que hizo lo que mejor sabía: buscar amigos que pudieran ofrecerle su ayuda sin ánimo de lucro. Como ella bien sabía, ser bien dispuesta para hacer favores a su entorno era una buena moneda de cambio para cuando se necesitaran servicios a falta de recursos económicos.

Una vez pudo perfeccionar su plan de actuación, trasladó su propuesta al resto de vecinos, quienes aceptaron sin dudarlos tras escuchar que la mejora del edificio les saldría completamente gratis. A los pocos días, una cuadrilla de completos desconocidos se puso de acuerdo para sustituir las escaleras de la entrada por una rampa que supondría la diferencia entre la dependencia y la libertad de la señora Antonia. La mujer les dio las gracias en persona antes de que se marcharan y no pudo evitar formularles una pregunta sobre la gran incógnita que le rondaba: «¿Por qué lo habéis hecho?». Le costaba entender cómo cuatro personas totalmente desvinculadas a ella se habían ofrecido en un acto solidario para llevar a cabo tan significativa actuación. Y bastaron pocas palabras para descubrir que se trataba de amigos y conocidos de Samira que no tenían contacto entre ellos, es decir, que se habían puesto a trabajar en conjunto por primera vez. Uno de ellos pertenecía al sector de la construcción, por lo que tenía los conocimientos necesarios para poner la rampa. Otro

había reformado parte de su vivienda hacía poco y conservaba el material sobrante, por lo que lo puso a disposición de la nueva tarea. Y los otros dos eran muchachos que aprendían rápido, así que Samira supo que se convertirían en dos buenos soportes. Quizá lo que más llamó la atención de la señora Antonia fue comprobar que aquella cuadrilla, nunca antes puesta en funcionamiento, se coordinaba mucho mejor que su querido bloque de vecinos, y eso que cada integrante provenía de un país y una cultura diferentes. Pero lo que los llevó a aceptar la propuesta altruista fue el compromiso que los unía a Samira. Ella trabajaba interminables horas como enfermera en un hospital, pero también dedicaba mucho tiempo —el poco que le sobraba— como voluntaria en diferentes organizaciones. Y todos ellos le estaban muy agradecidos porque en algún momento de su vida, ya fuese por un ingreso hospitalario o por un fortuito encuentro en mitad de la calle donde se precisaba asistencia médica, Samira siempre había puesto corazón y alma para ayudar.

La señora Antonia se despojó de aquella venda invisible pero tan dañina que había llevado puesta en los ojos. Se disculpó con Samira por haberse distanciado desde el primer momento y terminó convenciendo al resto de vecinos de que debían dar a conocer la cantidad de viviendas que tenían vacías en aquel bloque para acoger a nuevos integrantes. Quería especialmente hacer un acto de bondad y ofrecérselas a gente necesitada, personas que buscaran un pequeño impulso para salir a flote en momentos difíciles. Como la vez anterior, no fue tarea sencilla. Al principio, los vecinos no le dieron tanto valor a sustituir las escaleras por una rampa; al fin y al cabo, tampoco le veían tanta necesidad. Sin embargo, con el paso de los meses, cada uno de ellos agradeció aquel cambio. La pareja joven tuvo a un tercer hijo, por lo



cual se movían con el carrito de bebé a todas partes. El vecino que madrugaba sufrió un accidente laboral que acabó con una pierna escayolada. Y el señor del perro iba entrando cada vez más en la vejez, por lo que comprobó que aquella rampa le evitaba muchas posibles caídas, especialmente cuando salía por la mañana a pasear a su bulldog, quien tiraba eufórico de la correa por sus ansias de pisar la calle.

Finalmente, todos los inquilinos accedieron a abrir las puertas de su humilde morada a todo aquel que reuniera la característica más importante: la solidaridad. Si algo habían aprendido, era que no importaba la procedencia, la cultura ni la religión para vivir en armonía. De hecho, la situación anterior se había invertido y ahora buscaban formar un vecindario lo más variado posible. Habían corroborado que, cuanta más diversidad, más propuestas de mejora y soluciones hallaban, porque les daban visiones diferentes ante una misma situación y cada uno era especialista en una materia.

Por este motivo, el edificio se fue transformando poco a poco con la adaptación de nuevos habitantes. Cada uno de ellos se encomendó a una tarea de mejora hasta que aquel bloque perdió el tono gris del que un día fue blanco, una pintura tan envejecida como sus primeros habitantes. Ahora habían reformado y pintado la fachada, habían desempolvado aquellos techos altísimos decorados con telarañas, habían dado vida a sus balcones con coloridas plantas. Y en un pequeño patio interior común construyeron un jardín que para ellos significaba el paraíso. Un recóndito lugar que acogía a sus visitantes en la más placentera calma, donde reposaba un banco al lado de una pequeña fuente envueltos de plantas y árboles que les proporcionaban sombra. Aquel jardín al que llamaron «lugar de los encuentros», donde cada in-

## *A todo color*

dividuo tenía el privilegio de vivir la introspección, así como de combatir la soledad con agradables charlas vecinales. Los temas que abordaban quedaban ya lejos de quejas y chismes; ahora lo que ansiaban todos ellos era aprender de los demás.

Lograron crear una comunidad tan envidiable que los bloques colindantes quisieron seguir su ejemplo, ya que aquella moda de edificios sectarios no se había experimentado únicamente en su bloque. Había otro cuyos inquilinos eran senegaleses, otro habitado exclusivamente por pakistaníes e incluso unos pisos ocupados por personas provenientes del norte de Europa. Y al mezclarse todos por primera vez, no daban crédito al ver que eran más sus semejanzas que sus diferencias y que, pese a proceder de un sector, eso no suponía ser de una forma específica. Así como no todos los españoles sabían preparar una paella o una tortilla de patatas, no todas las mujeres senegalesas eran amas de casa —las había profesoras, ingenieras, etcétera— y tampoco vestían tapadas hasta los ojos las pakistaníes. En definitiva, una vez puesta en marcha la heterogénea convivencia, resultaba complejo adivinar cuáles eran las raíces de cada uno a simple vista, más allá de algún rasgo físico que no siempre correspondía a la visión que pudieran tener los demás.

Sin duda, la más bonita y preciada hazaña fue la de darles la oportunidad a las nuevas generaciones, los niños, de conocerse. En sus inocentes conversaciones podían escucharse preguntas y respuestas sobre sus gustos, colores y alimentos favoritos, aficiones, incluso si había algo que les causara temor. Pero nunca jamás se les pasaba por la cabeza preguntarse de dónde eran. Ante tan pura mirada, ellos tenían claro su origen común: el bloque de vecinos que, de una forma u otra, los convertía en compañeros de vida. Y así fue como derribaron los muros infranquea-

*Movimiento por la Paz*

bles que antaño los separaban en el imaginario colectivo. Ahora solo había un único edificio que actuaba como corazón latente de tan diversa y solidaria comunidad.









## El llanto de Munay

Felipe Tenenbaum

Hanifa. Siempre Hanifa. Y a veces, también, Nahuel. Cuando tenía diez años y la profesora nos preguntaba algo en clase, eran siempre ellos los primeros en responder. Parecía un hechizo. Uno que se replicaba en todas las materias. Incluso en las que les llevábamos ventaja como lengua o geografía. Daba igual si Eloísa nos examinaba sobre los ríos de Aragón. Era Hanifa, que nació tan lejos de aquí, en el Sahara..., siempre ella (quien recién entonces comenzaba a dominar el idioma), la primera en mencionar el Ebro y también, al Gallego, Cinca y Segre, sus afluentes por la izquierda.

Y Nahuel, justo Nahuel que venía del otro lado del mundo, de «tierras de incas» como le gustaba decir a él, era el único de los demás que atinaba a citar el río Martín o el Huerva, sus afluentes por la derecha. Si las cosas iban así en geografía, de mates mejor ni hablar. Según Eloísa, los dos tenían una calculadora metida en la cabeza. Quizás por eso, porque los admirábamos y no estábamos acostumbrados a verlos fallar, fue que nos sorprendió tanto lo que pasó aquel día en clase. La cosa iba con normalidad.

## *A todo color*

Paco apoyaba la frente en su pupitre, escondiendo la cabeza detrás de su libro abierto de ciencias naturales. Sofía y Pilar miraban *tiktoks* en sus móviles y Pablo y Darío debatían sobre cuán desastrosos eran los jugadores del Zaragoza (que ni al Amorebieta eran capaces de ganar). Fue entonces cuando Eloísa preguntó por el ciclo del agua. Silencio. Tan denso y profundo que hasta el viejo Calzorras (que estaba un poco sordo), hubiese podido oír los ronquidos de Paco, desde su caseta junto al mercadillo. Eloísa miró a Hanifa. Y Luego a Nahuel. Nada.

-¿Alguien sabe de dónde vienen los ríos?

Sofía y Pilar levantaron la vista de las pantallas de sus móviles. Aquello sí que era extraño. ¿Qué les pasaba a nuestros paladines del conocimiento? ¿Estarían enfermos? ¿Distraídos? O peor aún, ¿enamorados de un recuerdo que les hincaba el diente en la vena de la nostalgia? Eloísa nos miró a nosotros. A todos los demás. Uno por uno. A Sofía, a Pablo, a Pilar, a mí...

-¿Nadie lo sabe?

-Yo... creo que es por el deshielo de las montañas –respondí con un hilo de voz.

-Muy bien, Gertrudis –hizo un croquis en la pizarra-. ¿Y después?

-Desembocan en otro río o en el mar –agregó Sofía que acababa de buscar la respuesta en su móvil-. El agua fluye de los terrenos más altos a los más bajos.

Nuevo silencio. Mientras Eloísa remarcaba con tiza la silueta de las montañas que acaba de dibujar, Nahuel y Hanifa seguían mirando por la ventana. Al horizonte. No estábamos seguros, pero parecía que enfocaban en el sitio exacto en donde el paisaje se partía en dos, entre las colinas por donde creíamos que soplaba el Cierzo con más fuerza.



Todos los niños en Aragón, los que nacimos aquí y los que no, nos considerábamos amigos del Cierzo. Y nos daba igual si según Eloísa, el viento no era más que aire en movimiento producido por diferencias de presión; para nosotros estaba vivo. No solo eso. El Cierzo era nuestro mensajero, amigo, colega y compinche de travesuras. ¿Qué mensaje esperaban ambos recibir del viento maño, rebelde y juguetón? Imposible saberlo. Pero (estaba claro) algo ocurría. Algo que había alterado el ecosistema entero de la clase.

¡Ring!

Salimos todos al recreo. Paco por delante, completamente recuperado de su modorra anterior y con un balón de fútbol bajo el sobaco. Pablo y Darío lo seguían a una distancia prudencial. El primero era del Huesca; los segundos, del Zaragoza. Como empezaran a hablar del partido de hacía dos semanas, se armaría la trifulca de todas las mañanas. Sofía y Pilar habían guardado sus móviles y se disponían a respirar un poco de aire puro. Desde el patio del cole se podía ver todo el pueblo, el monte Calvario en el horizonte y hasta un trozo del Río Martín discurriendo por la tierra como una culebra sedienta de mundo y aventuras. Eran las once de la mañana, momento en el que nuestro amigo, el Cierzo, soplabá con más rebeldía. Ese día, claro está, no iba a ser la excepción. Las hojas de los pinos se balaceaban nerviosas y ágiles. Algunas, las que se había desprendido ya de sus compañeras, bailaban al son del viento. Arremolinadas y libres. Nosotros también jugábamos así en el recreo. Tan independientes y enmarañados en nuestros juegos que tardamos en darnos cuenta de un hecho singular: los aires se hacían cada vez más fuertes y rápidos en un punto. Sobre el tobogán del fondo.

## *A todo color*

-Mirad, mirad –exclamó de pronto Paco-. Es el Cierzo. Va a contarnos algo.

Efectivamente, nuestro amigo solía tomar forma humana en momentos acuciantes. El verano pasado, por ejemplo, cuando se perdió la abuela Ramona en las afueras del pueblo, él se la encontró mientras jugaba carreras contra los pájaros y de inmediato se disfrazó de niño para avisarnos. En otra ocasión, se puso una gorra que se robó del patio de Maricruz y vino a advertirnos sobre aquella terrible tormenta que haría caer la fachada de la casa del panadero. Y también, ese día a las once en punto de la mañana, se puso un par de botines y una pechera que se encontró en el polideportivo y nos avisó de lo evidente: Nahuel y Hanifa no habían salido de clase. Cuando aquel remolino compuesto de hojas, tierra y los exámenes que se había robado de la ventana del despacho del director, cobró forma humana y nos señaló nuestra clase con su naricita de viento, yo fui la primera en voltearme y verlos allí. Seguían en la misma pose. Mirando al vacío. Más allá del paisaje y la realidad. Soñando despiertos.

-Hay que tener cuidado –dijo el Cierzo con su voz cavernosa y sibilante de viento-. La melancolía es rara en los niños. Un contrasentido peligroso. Sois demasiado jóvenes para añorar el pasado.

Y, sin embargo, ellos lo añoraban con fuerza. Venían de lejos. De otro mundo con otros paisajes y otros compañeros. A saber qué cosa indispensable les faltaba aquí. Yo fui la primera en entrar. Ya no éramos niños de infantil, pero lo parecíamos. Íbamos todos de la mano. Como si fuéramos a jugar al corro de la patata. De hecho, llegamos a rodearlos en aquella pose que también usábamos para celebrar el día de la paz.

-¿Qué ocurre? –les pregunté-. ¿Por qué no salen a jugar con nosotros?

Hanifa se estremeció. Como si la hubiese despertado de un sueño. Luego, levantó la cabeza y nos observó a todos. Sorprendida. Casi halagada.

-Yo... creía que estaba sola.

-No lo estás –le sonreímos-. ¿Qué te pasa?

-Nada. Una tontería...

Silencio. Aquella evasiva podía significar que no quería contarnos. O que se avergonzaba...

Ziuuuu, ziuuuu. El Cierzo que había recuperado su forma de viento, comenzó a golpear las ventanas de la clase para darnos ánimo. Ziuuuu, ziuuuu.

-Puedes contárnoslo. Somos tus amigos.

Hanifa abrió bien los ojos. Se mordía los labios, pero menos que antes. Parecía mi tía Miguela que tiene Alzheimer y siempre se sorprende cuando le cantamos el feliz cumpleaños. Igual de extrañada que ella ante lo normal y cotidiano.

-Es una tontería. Ayer tuve un mal día y mis padres no quisieron jugar conmigo para que se me pase.

Es gracioso cómo cambian las perspectivas con el tiempo. La reacción normal en un adulto, la que tendría ahora, sería restarle importancia. Aceptar sin tapujos que, efectivamente, se trataba de una tontería. Por ese entonces, sin embargo, todavía era inteligente y gracias a dios aún hablaba con el Cierzo. Será por eso que exclamé con toda la sinceridad del mundo:

-¡ESO ES TERRIBLE!

-Están cansados –nos explicó-. Trabajan mucho. Y a mamá todo le cuesta el doble por lo del brazo...

-Sí, sí. Lo sabemos... -dijimos todos-. Pero antes sí jugaban contigo, ¿no? ¿Eso es lo que estabas recordando cuando te vinimos a ver?

## *A todo color*

Hanifa dejó escapar una lagrimilla.

-Sí. Cuando aún vivíamos en el Sahara y me peleaba con Abdul, mamá siempre me consolaba. Luego nos pasábamos toda la tarde dibujando con ceras de colores. En un papel celeste ponía las cosas que me gustaban y en uno rojo, las que no. Solía dibujar arcoíris, soles, estrellas, meteoritos y al final, cuando llegaba mi papá con su infaltable camiseta de *Las Panteras*, hacíamos una pelota con los dibujos y jugábamos toda la tarde hasta que ni me acordaba de que estaba enojada con Abdul. Al día siguiente hacíamos las paces.

-Ufff –respondió Pilar-. Si yo me enojo con Sofia no la perdono tan fácil.

-Ni yo a ella –la abrazó Sofía.

Esta vez, Hanifa sonrió con inocencia. Feliz de tenernos. Se rio.

-A veces yo tampoco lo perdonaba, al cabezota de Abdul. Si eso pasaba, entonces, venía mi tía y me robaba los dibujos de los papeles rojos. Y antes de que pudiera guardarlos o protegerlos, me hacía una zancadilla, se montaba en el lomo de Bú-Bú y huía con ellos. Su risa se oía por todos lados. Iba rodeando nuestra casa al galope hasta que se detenía junto a la puerta, me guiñaba el ojo y encendía una cerilla.

Ninguno de nosotros sabía exactamente qué animal era Bú-Bú. Pero ya imaginábamos a su tía montada sobre un ave fénix, acariciando sus plumas con la mano derecha y sosteniendo los dibujos tristes ardiendo, con la izquierda. También imaginábamos a sus padres jugando al voleibol con la pelota del papel celeste. El sol y el arcoíris amenazando con caerse y la luna, asomando por detrás. Imaginábamos a los tres sonrientes. Alegres. Genuinos. Viviendo en un mundo idílico de flores gigantes y aromas únicos.

-Vamos a jugar. –Estiré la mano en su dirección-. Luego, nos dibujas en tu casa. Así se acordarán tus padres de todo.

-¡Eso, eso! -exclamó Sofía-. Pero ¡cuidadín! ¡Si nos dibujas en un papel rojo, tendrás noticias mías!

Y reímos todos.. Todos menos Nahuel, que seguía ensimismado al fondo de la clase. Algo me decía que lo suyo no sería tan fácil de resolver. Aquello no era simple nostalgia. Su tristeza se extendía, silenciosa, por todos los rincones de la clase. Incluso, sobre la pizarra, el borrador y las tizas.

-¿Sabes lo que le pasa a él? –le pregunté a Hanifa con un gesto.

-Ni idea –se encogió de hombros-. Solo sé que se puso así cuando la profe preguntó por el ciclo del agua.

Efectivamente, a mí también me lo había parecido. Me quedé parada en mi sitio durante unos minutos, pensando en qué tipo de recuerdo doloroso podría haberle provocado un tema tan inocuo. La verdad es que hablarle daba un poco de corte. Triste, callado. Meditabundo. Casi parecía un adulto. Por suerte, yo aún tenía diez años y me sobraba valor.

-¿Estás bien? –le palmeé la espalda.

Nahuel levantó la vista y su mirada me partió en dos. ¿Acaso era posible que un niño estuviese tan triste? Lo máximo que había presenciado hasta el momento era el llanto de Darío en la guardería cuando se cayó del triciclo y se dislocó el hombro. Aquello de ese día era diferente. Contagioso. Una corriente de aire me recorrió todas las vértebras y se depositó en el esternón.

-No lo sé –dijo con la voz entrecortada-. Creo... que no lo estoy.

Hacía falta coraje para hacer la siguiente pregunta. Paco, que de camino al cole tantos aspavientos solía hacerle a Hércules, el

## *A todo color*

bulldog amenazante del Paniagua, se escondía detrás de Pilar. Y Darío, que siempre amenazaba con ir a pelearse con todos los fans del Huesca, se ocultaba detrás de Paco.

-¿Qué te ocurre? –pregunté, juntando valor de no sé dónde.

-A veces creo que no pertenezco aquí. La escuela me hace sentir fuera de lugar.

-¿¡Pero qué dices, gilimemo!? -nos interrumpió Sofía-. ¡Si tú eres el que más sabe de todos nosotros! Tú y Hanifa terminaréis siendo profesores o astronautas. O mejor aún, profesores-astronautas que viajarán a otros planetas a enseñarles los ríos de Aragón a los marcianos.

¡Perfecto! Hacía falta del arrojito de todos para hacerlo sentir bien. Si Sofía se envalentonaba, no había forma de que siguiera deprimido por mucho tiempo. Sin embargo, sus siguientes palabras nos cayeron como un jarro de agua helada.

-Pero es que en la escuela dicen cosas que para mí no tienen sentido. No sé... yo creo que el viento es mucho más que aire en movimiento. Algo vivo. Universal. Está claro que no pertenezco aquí. Soy un sapo de otro pozo.

-No seas tonto, Nahuel. Los adultos dicen cosas sin sentido siempre y en todos lados. Si no los entiendes es porque son adultos. Nunca porque tú seas un sapo de otro pozo.

Eso dije mientras no dejaba de sonreír al Cierzo por la ventana, eterno Peter Pan, al que dejé de oír hace unos años pero con el que mi hija aún habla y juega cuando estoy trabajando en mi despacho.

-Vosotros no lo entendéis... si yo hubiese respondido a Eloísa, todos se hubiesen reído de mí.

¿¡Qué!? ¿¡Por qué!? ¿Acaso existía otra respuesta a la que había dado yo antes?

-Los ríos nacen del deshielo de los picos nevados de las montañas, ¿no? ¿No? -respondí, nerviosa. Casi enojada. Por una vez que la profe me hacía un cumplido y... ¿resultaba que estaba mal? Me daba rabia. Tanta que por un momento se me olvidó que ese tema estaba haciendo sufrir a mi amigo.

-Sí –dijo Nahuel dejando escapar un suspiro-. Supongo que sí. Que es lo lógico.

Y volvió a quedarse callado y meditabundo. Peor aún, abrió su libro de ciencias naturales e imitó la pose de Paco del principio. Frente pegada contra el pupitre y ojos cerrados. Solo que no dormía. Tan solo evitaba la confrontación, merendándose para dentro su tristeza. Miré para fuera. El Cierzo había vuelto a transformarse en niño humano y jugaba consigo mismo en un subibaja, volando de uno a otro asiento. Mientras se trasladaba de izquierda a derecha y nuevamente a la izquierda, el Cierzo reía con tanta naturalidad que antes que mágico o producto de nuestra imaginación, su mera existencia nos parecía normal. Auténtica.

-De acuerdo –concedí-. La explicación de los adultos no tiene por qué ser la única verdadera... por muy lógica que parezca. Cuéntame la tuya.

-Sí, sí –se unió a nosotros Hanifa-. Cuéntanos.

Y entonces todos nos sentamos en nuestros asientos a oírlo hablar. Si al pobre le temblaban al principio las sílabas dentro de la boca, al final era todo elocuencia. Ni maestro ni aeroexplorador. Nahuel iba a ser un escritor (que son, en el fondo, profesores-astronautas). Esa misma mañana, ya a las once y cuarto, nosotros fuimos sus primeros oyentes. Nos narró entonces una leyenda antigua del Perú. Una que le contaba su abuela todas las noches antes de dormir. Iba de dioses de nombres impronunciables,

## *A todo color*

guerreros y princesas incas. Y de todo ese embrollo del que casi no entendí nada, nació Munay, nieta de la Pachamama, diosa de la fertilidad y protectora de las mujeres y los hombres del mundo de abajo. Del de los cielos, seguía ocupándose como desde siempre, *Tata Sol*, omnipresente creador de todas las cosas. Cuando *Tata Sol* la vio allí abajo tan piadosa y hermosa, con aquellos largos cabellos rojos que la asemejaban a un sol en la tierra, se enamoró de ella en un abrir y cerrar de ojos. A Munay también le gustaba *Tata Sol*. Tan puntual y trabajador. Tan generoso que estiraba sus brazos infinitos para dar luz y lumbre a toda su querida humanidad. Tan justo que había creado las noches para que todos pudieran descansar.

Todas las tardes, Munay salía de su rancho, subía por un caminito que daba al pico más alto de Perú y se sentaba sobre una roca a esperar que *Tata Sol* descendiera hasta la nube más baja de sus dominios. Desde allí, casi tocándose como si un Miguel Ángel incaico los hubiese pintado en el cielo, se la pasaban hablando y conociéndose. Hasta que un buen día, tremenda osadía, Munay se trepó primero a una nube y luego, a otra y a otra más. Mientras escalaba camino al cielo, el corazón le latía con fuerza. Rebelde. Intuía que había algo de prohibido en sus acciones pero no atinaba a entender bien por qué. Tan solo quería estar con su amado.

-¡Esto se parece a Ícaro! –interrumpió el relato Hanifa.

-¡Muy bien, chicos! –dijo Eloísa que se había sentado hace rato con nosotros-. Hay leyendas similares por todo el mundo.

-¿De verdad? –preguntó Nahuel con alegría.

-Sí. En Japón tienes a Vega y Altair. Eran amantes, pero por descuidar sus tareas, el *Padre Cielo* los convirtió en estrellas y los separó en puntos opuestos de la Vía Láctea. Solo se pueden ver una vez cada siete años.



Sofía rio.

-Y tú que te sentías solo. Pues mira por donde, aquí tenemos a los amantes de Teruel. Todos los niños del mundo conocemos historias similares.

-Y los adultos –agregó Eloísa-. A los adultos también nos hacen falta las leyendas para entender el mundo. Por favor, sigue, Nahuel.

-¿No tendríamos que dar clase?

-Bah. Esto es mejor que lo que estaba enseñando. Además, puedes intentar dejarnos sin final, pero no creo que Sofía y Gertrudis te lo vayan a permitir.

-¡Eso, eso! –exclamó Sofía-. O me cuentas el final o aquí arde Troya.

Yo no dije nada. Estaba como embobada. Tímida y nerviosa. Los morros colorados y el aliento que se me iba a escapar todo del pecho si abría la boca. Tenía miedo por Munay. Temía que se cayera de las nubes como Ícaro. Y también, no sabía bien por qué, me preocupaba por mí. Como si la historia de Munay y *Tata Sol* fuera mía y solo mía. Creo que Nahuel se dio cuenta de cómo me estaba afectando, porque desde entonces solo me miraba a mí mientras la contaba. Y como buen caballero, no estiró el suspenso más de lo necesario. Al final, supe de su propia boca que Munay consiguió llegar sana y salva al Cielo. Eso sí. Tan alto estaba el hogar de *Tata Sol* y tan arduo era el camino entre las nubes (que a veces se deshacían en la nada) que llegó de noche. Allí arriba había un reino inmenso con cascadas de incienso y mirra, árboles de vapor y un gran castillo. Dentro de él, justo en la habitación real, *Tata Sol* dormía en su cama de nubes. Munay paseaba por todos sus dominios con el corazón acelerado. A ella no le interesaba nada de todos esos tesoros.

## *A todo color*

Solo encontrar a *Tata Sol*, darle un beso a su amado en la frente mientras dormía y volverse a la Tierra. Y así lo hizo.

Por la mañana, todas las nubes que había tocado Munay para subir al cielo se habían cargado de agua porque por las venas divinas de la jovencita corría el poder de la fertilidad. *Tata Sol* se despertó sorprendido. No recordaba haber ordenado llover. Así que decidió, otra tremenda osadía, bajar al mundo de los humanos a visitar a su querida Munay y contarle que las nubes se habían vuelto locas. Claro que Munay estaba tan extenuada del trabajo de subir por la noche que lo esperaba durmiendo la siesta. Cuando *Tata Sol* se asomó por la ventana y la vio así, tan relajada y feliz, se le olvidó para qué había bajado a la Tierra, le pasó uno de sus rayos por sus cabellos pelirrojos y se volvió al cielo silbando una canción que acababa de oír a los agricultores humanos. Por la tarde, Munay despertó con un calorcillo extraño entre los cabellos. Tan cálido como el amor que sentía por *Tata Sol*. Y decidió volver a visitarlo. Durante ochenta días y ochenta noches se repitió el ciclo de visitas y desencuentros de los amantes. Mientras tanto, los campos que recibían alternativamente agua y sol iban creciendo de forma desproporcionada. Tan rápido que la humanidad, tercera gran osadía, comenzó a prosperar a marcha forzada. Y aquello fue el fin de las citas entre Munay y *Tata Sol*. En cuanto los seres humanos empezaron a tener más cosechas de las necesarias para vivir, nació la avaricia entre ellos y las guerras. El primer grito de combate se dio justo cuando *Tata Sol* estaba en el rancho de Munay iluminándole los cabellos con sus rayos. Con aquella batahola, los ojos de la jovencita se abrieron de par en par y ambos amantes descubrieron a la vez el atroz resultado de su amor. A Munay se le hacía trizas el corazón mientras sugería no volver a verse hasta que las guerras cesasen.

Y a *Tata Sol* le dolía tanto el alma que casi ni brillaba. Y así, cabizbajo, opaco y casi extinguido, se volvió al cielo a esperar que la humanidad reflexionase. Desde entonces, Munay sigue mirando el firmamento, en el pico más alto de Perú. De sus ojos caen infinitas lágrimas de tristeza. Y de ellas, según dicen, han nacido todos los ríos del mundo.

-Es muy triste –le dije a Nahuel y lo abracé. Lo abrazamos todos. Eloísa incluida.

-Sí, pero a la vez, bonito. Munay ya debe de ser anciana ahora, pero sigue protegiendo a los suyos. De sus lágrimas nacen los ríos que propician abundantes cosechas. Y aunque sabe que aquello alargará su reencuentro con *Tata Sol*, todavía cree, esperanzada, que la humanidad en algún momento dejará de lado sus egoísmos.

Lo miré a los ojos. Ya no irradiaba soledad. Compartir la historia nos había permitido conectar. Y a mí me había crecido un secretillo en el corazón que iba madurando mes a mes y año a año. Claro que cuando por fin junté el coraje para dejarlo salir, ya era tarde. Los padres de Nahuel debían volver a Perú y se lo llevaban a la otra punta de la vía láctea.

Desde entonces recuerdo muchas veces la leyenda de Altair y Vega y la de Munay y *Tata Sol*, sobre todo cuando enciendo la tele o leo las noticias internacionales en el periódico. Pero también, en mi día a día. En los ojos de aquella estudiante morica que acaba de entrar en el bar, por ejemplo. Se parece un poco a Hanifa. Se le nota a la legua que es estudiosa. Y responsable. Sin embargo, bajo su Hibab reconozco la misma punzada constante que yo sufrí durante tantos años. Esa inocultable expresión de tristeza..., del dolor de tener a su familia lejos de ella. De pronto y sin venir a cuento, un alarido torpe y gutural, resuena desde la

## *A todo color*

calle: «vete a tu país». La chica tiembla igual que Hanifa durante los primeros días de clase. Con miedo al rechazo generalizado. Mira a todos lados. Yo también. Nadie sabe de dónde vino el insulto. Cruel y anónimo como toda intolerancia. Intento ir a hablarle. Explicarle que yo no quiero que se vaya. Que cada vez que alguien nos abandona, se abre una cicatriz que nunca cierra. Que somos todos hijos del Cierzo. Que sé lo doloroso que es tener un pie en cada sitio. Que no todo es desprecio de quienes deberían acogerla, ayudarla y compartir experiencias con ella... pero no lo consigo. La jovencita se asusta y se esfuma en un abrir y cerrar de ojos. Yo la sigo. Me asomo a la puerta del bar y la busco con la mirada mientras me asaltan los recuerdos de Munay llorando en su pico de Perú. Y al hacerlo, me viene a la mente, también, la frágil mirada de cordero de Nahuel al contarme su historia. No la encuentro. Se ha ido. La impotencia me ahoga. Siento que voy a quebrarme. Vuelvo a buscarla. Corro, salto, casi vuelo como el Cierzo. Nada. Se ha marchado pensando que está sola. En casos así, me resulta imposible no estremecerme como cuando pequeña, a pesar de que ahora soy una adulta. Tanto que tengo que llamarlo de inmediato.

-Amor –susurro con la boca pegada al móvil, casi sin aire-. ¿Tú crees que Munay y *Tata Sol* se reencuentren en algún momento?

-Claro que sí, Gertru. ¿No te acuerdas cómo lloraste cuando me tuve que volver a Perú? Y, sin embargo, veinte años después nos reencontramos en la presentación de tu novela en Helsinki. Al final, la escritora eres tú.

-Porque tú me inspiraste, amor. Pero no me cambies de tema. ¿Realmente crees que se reencontrarán? La humanidad no mejora. A veces parece que va para atrás.

-Y a pesar de eso fuimos capaces de volver a ligar nuestros destinos. Si nosotros pudimos, seguro que ellos también. ¿Qué posibilidades había de encontrarnos justo tan lejos de aquí? Y sin embargo, ocurrió.

-Tampoco eran tan bajas. Este país recibe mucha migración pero también la genera. Somos muchos los que en algún momento de nuestras vidas nos trasladamos a tierras lejanas. Los que sufrimos en carne propia el desarraigo.

-Por eso mismo. Mientras haya contacto entre diferentes culturas, el mundo mejorará. Ese es el camino.

-Es verdad, querido... No tienes ni idea de lo que necesitaba escucharte decir eso. ¿Qué tal Munay? ¿Terminó de estudiar para el examen de geografía? Ya sabes lo exigente que es Hanifa...

-Tranquila, le irá bien. Mañana tocan ríos.

Y por fin, se me va el ahogo. Respiro con suavidad. Esperanzada. Y al hacerlo, veo a la jovencita no tan lejos del bar donde ocurrió todo. Se ha encontrado con sus compañeros de clase. Muchos son maños. Sonríen. Conversan. Ella también habla. Es una más del grupo. No sé qué pensará la nieta de la Pachamama en su pico de Perú, pero a mí ya se me han secado todas lágrimas del rostro.





# Sueños con el Kumbarewal

**Allan Enrique Acho Martínez**

Mi abuela murió cuando yo apenas tenía 12 años. Su muerte fue una pérdida enorme, uno de los momentos más tristes y trágicos de mi vida. Mi mamou, como les decimos a las abuelas en Senegal, no era solo mi abuela. Era mucho más. Era una segunda madre para mí, además de amiga, profesora y hasta *coach* personal. Le debo mucho a mi mamou: conocimiento, alegría, saberes ancestrales, ¡e incluso magia! Aunque mejor comenzar por el principio.

Mi mamou jugó un papel clave en mi infancia. Fue gracias a ella que aprendí muchas cosas básicas, como andar en bicicleta. No porque ella fuera la mejor ciclista de la familia, sino porque fue la única con la paciencia y determinación suficientes para enseñarme. Durante un año entero, tuvo la disciplina necesaria para llevarme a practicar al parque cada sábado por la tarde. Seguramente no fue una tarea fácil, pues debo decir que yo era un caso bastante perdido. Pero ella no desistió. Primero me enseñó lo básico: cómo frenar, cómo pedalear y cómo mantener el equilibrio. Después, poco a poco, me fue enseñando un par

## *A todo color*

de truquillos. Al principio se quedaba a mi lado, sujetando la bicicleta, aunque después de un tiempo tuvo que dejarme más espacio. No para que aprendiera a mantener el equilibrio yo sola (ese logro vino mucho después), sino porque le resultó imposible seguir ignorando el dolor de su espalda al ir encorvada para sujetarme la bicicleta. Viendo que yo tardaría mucho tiempo en lograr guardar el equilibrio, me compró y me instaló un par de rueditas extras para que pudiera ganar mucha más confianza y autonomía. Así siguió llevándome al parque hasta que pude andar en bicicleta sin ayuda de nadie ni de las rueditas.

Con ella también jugaba después del cole y pasaba mis tardes más felices. En muchas ocasiones prefería jugar con ella antes que con mis compañeras de clase. No sé si era porque mi mamou tenía un alma infantil y curiosa que me hacía verla como una niña de mi edad en el cuerpo de una anciana. Quizás era por todos los juegos que se sabía. En todo caso, me encantaba pasar tiempo con ella. Era increíble. Tenía la habilidad especial de hacer que todo fuera un juego: una varita de madera, una bolita de masa para hornear, cocinar o incluso sacar la basura. Es difícil saber qué juegos se inventaba ella y qué juegos eran parte de su infancia. Pero eso daba igual. Todos me encantaban. En ocasiones también me contaba historias que su abuela le había contado, que a su vez la abuela de esta le había contado a su abuela, que a su vez... bueno, creo que ya se entiende. Me contaba historias que llevaban en la familia por generaciones. Para mí, esas historias ancestrales no tenían nada que envidiarle a los dibujos animados que daban por la televisión.

También era mi compañera de estudio. Digo compañera y no tutora o profesora con consciencia. En repetidas ocasiones intentaba ayudarme con mis deberes, pero cabe decir que el estudio



no era su fuerte. Nunca lo fue. Ni las matemáticas ni las ciencias se le daban bien, pero transmitía una curiosidad tan genuina por lo que yo aprendía en la escuela que me motivaba a seguir aprendiendo. Eso hacía que las tardes de estudio cobraran un sentido mágico y divertido. También era muy efectiva nuestra manera de trabajar. Como yo hablaba mucho mejor español que ella, muchas veces era yo la que tenía que ayudarla a entender lo que pedían los ejercicios o lo que explicaban los textos de mis libros. La situación me obligaba a entender bien todo lo que yo leía y pensármelo dos veces antes de explicárselo con mis propias palabras. De hecho, ahora que lo pienso, quizás ella lo entendía absolutamente todo y solo fingía no entender para hacerme parafrasearlo todo. Al fin y al cabo, por mucho que no hablara tan bien español, sí que había estudiado cuando vivía en Senegal.

Mi mamou nació en Casamance, una zona boscosa de Senegal, a la frontera con Gambia. Pasó allí toda su infancia y fue a la escuela hasta su adolescencia. Vino a vivir a España cuando tenía 30 años, por lo que hasta esa edad no se puso a aprender español. Supongo que no le resultaba tan difícil porque también sabía francés, aunque su lengua materna era el wolof. Nunca supe por qué decidió mudarse a España. Mi madre una vez me contó que había venido por amor: había conocido a un hombre en Dakar, se enamoró y se fugó con él. La típica historia de amor. Mi mamou, sin embargo, siempre lo negó. Sea cual fuera el caso, siempre añoró sus tierras, hasta el día en que nos dejó. Esa nostalgia por Senegal se le notaba siempre en sus charlas. Cada vez que hablaba de sus tierras, sus ojos gritaban nostalgia. Incluso al hablar mal del país y criticar sus gentes, costumbres, gobierno o situación política, se le veía una añoranza por sus tierras, y también cierto orgullo. Diría todas las cosas negativas

## *A todo color*

posibles de Senegal, una tras otra, pero tarde o temprano se le dibujaba una sonrisa, a veces discreta, a veces enorme.

Era por ese amor y nostalgia que siempre insistió en enseñarme a cocinar. Mi madre solía regañarla y decirle que las mujeres ya no cocinan, que ahora trabajan como cualquiera. Pero a mi mamou eso no le importaba.

—Si no sabe cocinar, ¿cómo sabrá quién es? —decía. Y cuánta razón tenía.

Era a través de la cocina que mi mamou me hacía conectar con su tierra natal. Yo nací en España y de niña nunca estuve en Senegal. Ni una sola vez. Tampoco veía la televisión senegalesa ni pertenecía a ningún tipo de asociación en la que pudiera convivir con gente de allá. Solo tenía a mi familia. Pero, tras la muerte de mi mamou, cuando visité el país por primera vez, era como si yo ya hubiera estado allí, como si mi mamou ya me hubiera mostrado el país, mucho mejor que cualquier guía turístico. Cada vez que comía un *maafe*, con su deliciosa salsa de cacahuete, o cuando olía las especias de un sabroso *soupankanja* me sentía parte de ese lugar y me venían a la mente todas las tardes en las que cocinábamos juntas.

Visitar las tierras de mi mamou nunca hubiera sido lo mismo sin haber pasado tantas dichas y desdichas en la cocina, cortando ingredientes, oliendo puntos de cocción, probando grados de sazón y relacionando platos con festividades y ocasiones especiales. Esos platos me hacían sentir conectada con esas tierras, como si de verdad fuera senegalesa. Digo «de verdad» porque, aunque mis abuelos y padres eran senegaleses, yo nunca me he sentido senegalesa. No del todo. Cierto que no «me veo» española (sea lo que sea que eso quiere decir) pero, como he dicho anteriormente, ni nací ni crecí en Senegal. Hablo wolof,

la lengua del Senegal, cierto, pero hablo mucho mejor el español. Aprendí inglés en la escuela, no francés, como la mayoría de los senegaleses. Además, para muchos allá soy más europea que senegalesa, aunque para muchos aquí soy más africana que española. Supongo que es lo que tiene ser parte de una familia emigrada.

Quizás mi mamou no tenía este tipo de contradicciones. Aunque tenía sus propios fantasmas. Yo estaba conectada a una tierra en la que nunca había estado. Ella en cambio estaba desconectada de una tierra donde había estado mucho tiempo y estaba lejos de su familia, de sus amigos y de veinte mil cosas más que marcaron su vida. Siempre me hablaba de cómo extrañaba el ambiente de Casamance. Al ser una zona tropical, con mucho verde y poca gente, las cosas allá eran muy distintas. Solía contarme cómo allá se tiene más sentido de comunidad. La gente vive en casas agrupadas en torno a un espacio comunal, donde los niños juegan y los adultos conversan y hacen labores del hogar. También hablaba de animales tan exóticos que solo podía imaginármelos en sueños, como cangrejos enormes que caminaban por las calles como si fuera lo más natural del mundo o enjambres de mosquitos descomunales que generaban cortinas en la noche. Aunque, sin lugar a dudas, el más peculiar de todos era el *kumbarewal*.

Nunca sabré por qué ella lo llamaba así, pues no se llama así ni en wolof ni en francés. Su nombre común es grulla coronada. Es una ave de aspecto señorial, con patas largas y delgadas, un pico largo y puntiagudo y un plumaje elegante, que cambia de región a región. En Senegal suelen ser más negras, aunque también las hay de color gris. Casi siempre tienen un toque rojo en su cara. Su distintivo más peculiar es una corona de plumas

## *A todo color*

amarillas que ostentan en la cabeza, por eso las llaman grullas coronadas. Es como si fueran aves que reclamaran ser los o las reinas de la sabana. Son tan señoriales que incluso son el ave nacional de Uganda. Pero a mi mamou no le hubiera bastado con hacerla también el ave nacional del Senegal. Ella iría más lejos. Para ella, las grullas coronada eran aves místicas y afirmaba que era gracias a una de estas grullas que ella seguía con vida.

Según contaba mi abuela, un día, cuando era muy pequeña, fue a jugar sola al río. Mientras corría por uno de los márgenes, se resbaló y cayó al agua, golpeándose la cabeza con una piedra y quedando inconsciente. Al recobrar la consciencia, yacía sobre una zona de hierba que estaba justo antes de una laguna llena de cocodrilos. Al parecer, era imposible que el río la hubiera arrastrado hasta la zona de hierba en vez de a la laguna con cocodrilos. Inexplicable, de no ser por un pequeño detalle: a su lado, un *kumbarewal* la observaba de pie, atentamente, con curiosidad, como preguntándole cómo se encontraba tras el incidente. En cuanto mi mamou se incorporó, el ave graznó y se fue volando. Nunca sabremos la veracidad de esta historia, pero ella aseguraba que había sido ese *kumbarewal* quien le había salvado la vida. A partir de ese momento, esas aves señoriales cobraron un nuevo sentido en la vida de mi abuela. Las tenía como aves mágicas, capaces de hacer milagros y presagios y de vez en cuando, incluso soñaba con ellas... y no era difícil adivinar cuándo.

Si por la mañana mi mamou estaba radiante de alegría, canturreando y bailando discretamente al preparar el desayuno, entonces había soñado con un *kumbarewal*. Sus sueños favoritos eran aquellos en que el ave la dejaba subirse a su lomo y la llevaba a volar por los cielos senegaleses. Era tal su alegría matutina que podía transmitírnosla a todos. La familia entera empezaría el día

con buen pie. Esos días, mi madre era superproductiva en el trabajo, yo estaba muy motivada en la escuela y mi hermana hacía menos diabluras. Lo opuesto también ocurría.

Si algo malo pasaba durante el sueño, mi mamou comenzaba el día acorde. Podía estar triste, estresada o preocupada, dependiendo del sueño. Y, por desgracia, esas energías también nos las pasaba al resto de la familia. Esos días, mi madre olvidaría las llaves o llegaría tarde al trabajo, yo no podía poner atención en clase u olvidaba mis deberes en casa y mi hermana se metería en todo tipo de líos. Pero el tema de los sueños de mi mamou iba más allá. Mucho más allá.

Para ella no eran sueños, sino algo mucho más significativo y espiritual. Era capaz de detallar hasta el más mínimo detalle de sus sueños con los *kumbarewales*, como si de verdad los viviera. Incluso era capaz de contarnos las sensaciones que sentía en sus sueños: la brisa marina de la costa, el bochorno de la selva de Casamance, el aire seco de Dakar, el olor a *maafe* por la tarde. Mi mamou estaba convencida de que, cuando soñaba con un *kumbarewal*, era en realidad un mensaje divino.

—Si el resto de días ni recuerdo qué soñé. ¿Cómo es que recuerdo cada detalle cuando sueño con un *kumbarewal*? —decía—. ¿Y cómo te explicas mis premoniciones? —me retaba cuando ponía en duda la espiritualidad de sus sueños. Y, la verdad, algo de razón tenía. Yo misma había presenciado parte de esa magia.

Un día, por ejemplo, mi mamou soñó que un *kumbarewal* se rompía una pata al aterrizar.

—Tengan cuidado hoy —nos dijo preocupada esa mañana—. No vayan a tener un accidente.

## *A todo color*

Obvio, nadie en casa la tomó en serio. Pensar que algo podría pasarnos solo porque mi mamou había tenido un sueño en el que un pajarraco se rompía una pata no tenía ningún sentido. Al menos no entonces. Insistió tanto, que todos acabamos por darle la razón y decirle que tendríamos cuidado ese día. Claro que no lo hicimos, solo se lo habíamos dicho para que se quedara más tranquila. Salvo mi madre, que está hecha de otra pasta.

No es que mi madre sea supersticiosa, pero, cuando de supersticiones se trata, siempre prefiere prevenir que lamentar. Es decir, si sabe de alguna superstición, por si las moscas, la evita. Si alguien le dice que pasar debajo de una escalera es de mala suerte, rodeará la escalera. No vaya a ser que la superstición se cumpla. Si se dice que los gatos negros traen desgracias, mejor tenerlos lejos. Por tanto, si mi mamou le dice que una de nosotras tendrá un accidente porque tuvo un sueño mágico, ¿qué hace mi madre? Pues, por si acaso, ir con suma precaución. Ese día, mi madre iba con pies de plomo: tomó extra cuidado limpiando las ventanas, se aseguró de verdaderamente cerrar cada puerta que tocaba y hasta evitó conscientemente todo tipo de baches y charcos por la calle. Saliendo del trabajo tenía que pasar por un tramo en donde a alguien se le había caído una botella entera de vino. Además de un intenso olor a alcohol, había vidrios rotos por todo el sitio. Un día cualquiera, mi madre hubiera pasado por allí, caminando despacio para no pisar ninguno y listo. No obstante, como mi abuela nos había advertido de ir con sumo cuidado, decidió cruzar la calle y en su despiste, o más bien, en su suma atención por no pisar ningún charco, casi la atropellan. Del susto pegó un brinco inusual y para su mala suerte, o como diría mi abuela, por premonición del *kumbarewal*, resbaló y se hizo un esguince.

Esa noche lo discutimos todos en casa. Mi abuela aseguraba que ella lo había presagiado en sus sueños, pero todos discrepamos. Argumentamos que había sido una mera coincidencia y que si alguna relación había, era la preocupación que mi mamou había puesto en mi madre lo que acabó causando el accidente. Además, mi madre no se había fracturado la pierna, como le pasaba al *kumbarewal* en sus sueños, sino que sólo se había hecho un esguince.

—¡Tu madre tampoco vuela ni aterriza! Los sueños mágicos no deben tomarse nunca al pie de la letra — argumentó mi mamou.

Como esta anécdota hubo muchas otras. El día que mi mamou soñó que el *kumbarewal* volaba hasta el espacio fue el día que mi tío Mamadou, que vivía con nosotros, nos anunció que se iría a vivir a Alemania. Cuando el *kumbarewal* le regaló una sandía en sus sueños fue el día en que a mi abuela le tocó un pequeño premio de la lotería en la que llevaba años jugando y en la que nunca había ganado nada. Y la vez que al *kumbarewal* se le cayó su hermosa corona de plumas fue el día que despidieron a mi madre del trabajo. Según mi mamou todo cuadraba. Pero sin duda, la más impactante de las anécdotas respecto a estos sueños fue la de mi tía Aminata.

Esa noche, mi mamou había tenido un sueño peculiar. No era ella la que volaba sobre el *kumbarewal*, como era usual, sino su prima Aminata. Había volado desde Casamance para verla. En su sueño, mi tía Aminata volaba encima de nuestra casa, en círculos, sin prisa ni preocupaciones. Parecía feliz, reía y se divertía al vuelo. Con una enorme sonrisa y una ternura inocente le dijo a mi mamou que la extrañaba mucho y que quería despedirse de ella. Claro, esto me lo explicó a posteriori. No obstante, sí que presencié el resto.

## *A todo color*

Esa mañana mi mamou se despertó muy seria, con una sensación extraña. Yo recuerdo haberla visto muy pensativa en la cocina mientras desayunábamos. Estaba ausente. Callada. Se la veía ligeramente melancólica y muy dubitativa. No transmitía la sensación de estar preocupada, aunque sí un poco desconcertada. Cuando le pregunté qué le pasaba solo alcanzó a decirme tres palabras, muy seria y con cierta melancolía en la voz: «tu tía Aminata». A duras penas había pronunciado esas palabras cuando sonó el teléfono. Mi madre fue a contestarlo al salón mientras mi mamou y yo estábamos en la cocina. A los pocos minutos entró mi madre, llorando. Nos había llamado alguien de la familia para decirnos que mi tía Aminata había muerto esa misma noche. Yo no lo podía creer. ¿Había sido casualidad o en verdad sabía mi mamou que mi tía había muerto?

Ese día comencé a creer en los sueños de mi abuela, pues ahora sí que no podía dudar de la relación entre sus sueños y la realidad. No había manera que mi mamou hubiera podido saber lo de mi tía Aminata. No tiene teléfono móvil, no había visto ninguna carta o noticia. Nadie más le había dicho nada de la familia. No había absolutamente nada que le hubiera podido dar la más ligera pista de la muerte de mi tía Aminata. Nada, salvo el *kumbarewal* en sus sueños.

A partir de ese día empecé a interesarme por interpretar los sueños con los *kumbarewales*. Casi a diario le preguntaba a mi mamou lo que había soñado para intentar descifrar los mensajes del *kumbarewal*. Aunque muchas veces mi mamou no tenía noticias mágicas que compartir.

—No funciona así, Nita. No tengo sueños mágicos cada día —me dijo un día excusándose.

—Y ¿no puedes llamarlo? —pregunté.



—Claro que no. Es el *kumbarewal* quien decide cuándo venir a verme, no al revés.

Lo cierto es que poco más me pudo compartir mi mamou sobre sus sueños con el *kumbarewal*. Al poco tiempo, nos dejó. Lo bonito, sobre todo después de escuchar anécdotas de amigos que han perdido a algún ser querido, es que no la vi sufrir. Se fue tranquila y en paz. Una tarde se cayó al suelo jugando fútbol con mi hermana. Pese a su edad, siempre insistía en seguir haciendo actividad física. No fue una caída fuerte. No se fracturó nada. De hecho, entre risas, se levantó y se fue caminando desde la plaza al lado de casa hasta la cocina para preparar la cena. Cenamos juntas y se fue a dormir. Ya no despertó. Al parecer, de la caída se le había formado un coágulo que le causó un paro cardíaco mientras dormía. Así de rápido. Así de simple. Pero algo más pasaría con su muerte.

La noche en que murió, tuve un sueño que nunca olvidaré. Mi mamou paseaba conmigo por el mismo parque donde me había enseñado a andar en bicicleta. Giramos por un camino secreto que yo nunca antes había visto y nos adentramos entre los árboles, hasta encontrarnos con un *kumbarewal*. El ave estaba de pie, con toda su majestuosidad, mirándonos inmóvil. Mi mamou le hizo una seña con la mano y el *kumbarewal* se acercó volando. Ella lo saludó con una alegría desbordante y le acarició su bella corona de plumas. Luego, con un gesto, me pidió que me acercara.

—A partir de ahora tendrás que aprender tú solita sobre los sueños con *kumbarewales* —me dijo con una gran sonrisa.

—¿Qué, están peleados? —le respondí en broma, acariciando por primera vez, en vida real o en sueños, a dicho animal. Mi mamou solo sonrió y me abrazó.

## *A todo color*

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté por el llanto de mi madre, que acababa de encontrar a mi mamou sin vida en su cama. Ese fue mi primer sueño con un *kumbarewal*. El primero de muchos por venir, con presagios y mensajes mágicos buenos y malos. Lo raro es que en mi caso no son *kumbarewales* distintos, sino siempre el mismo. Y eso lo hace aún más especial. Para mí, lo importante de los sueños con el *kumbarewal* no es el poder saber si algo bueno o malo se avecina o el hecho de tener un don mágico, sino poder sentir cerca a mi mamou. De hecho, me atrevería a asegurar que el *kumbarewal* de mi sueños tiene sus mismísimos ojos.



# La abuela meteorito

Ángela Castro

## Capítulo 1

Hacía tiempo que Ulka había perdido su nombre. Justo mañana haría tres años, dos meses y siete días.

Ahora, menos la mujer de su hijo, ya nadie pronunciaba el nombre que eligieron para ella sus padres. Su hijo la llamaba «mamá», su nieto «abuela» y todos los demás, «abuela de Yug». Ni siquiera la llamaban «abuela de Yugmandar», pues todo el mundo decía que el nombre de su nieto era muy difícil de pronunciar.

Aunque le doliera, en el fondo los entendía. En estos tres años, dos meses y siete días que llevaba viviendo en su nuevo país, ella solo había aprendido a decir tres palabras en español: «hola», «adiós» y «gracias». Suficiente.

Nadie entendía que no aprendiera más cosas en tanto tiempo. Su hijo la llevaba a la compra y le repetía el nombre de cada producto de la tienda en castellano unas mil veces, pero ninguna palabra se le quedaba dentro de su cabeza. Su nieto a veces se

## *A todo color*

olvidaba de que ella no hablaba el nuevo idioma, y le contaba lo que había hecho en el colegio como si fuera un compañero más. Ella le sonreía al verlo tan feliz hablando, y deseaba poder entender por qué motivo eran esas carcajadas que salían de su pequeña boca. Su nuera la animaba a intentarlo una vez y otra más.

—En la India tenemos veintidós idiomas oficiales y tu hablas hindi, bengalí y télugu... ¿Cómo no vas a ser capaz de aprender español? O inglés... aquí casi todo el mundo lo habla. Seguro que puedes...

Pero hasta la palabra «ayuda», que consideraba que podía ser muy importante poder decirla en algún momento, se le atragantaba en algún recodo de la laringe y nunca llegaba hasta su boca.

Cada día, siempre puntual, Ulka esperaba a Yug a la salida del colegio. Era la persona más mayor que había en esa puerta. Quizás no lo era, pero los demás parecían querer enmascarar el paso del tiempo. Ella era la única con el pelo blanco, con la cara llena de manchas y arrugas debidas al paso de los años, y la única sin prisas, con calma, sin nada por lo que correr.

Los jóvenes padres se saludaban unos con otros casi sin mirarse, tiraban raudos de la mano de sus hijos para meterlos rápido en los coches aparcados de cualquier manera y miraban sin parar sus móviles que siempre llevaban en la mano.

Ella era solo una sombra más en la puerta de la escuela. Esa sombra estaba siempre allí, pero nadie se fijaba en su forma.

Pero un día, algo cambió.

Yugmandar salió del colegio acompañado de varios compañeros y les dijo:

—Esta es mi abuela.

A partir de ese día, Ulka empezó a oír:

—Hola, «abuela de Yug» —le decían por la mañana antes de entrar a la clase.

—Adiós, «abuela de Yug» —le decían al irse a su casa.

Ella sonreía y agitaba en las dos ocasiones su mano.

Así pasaron los días, hasta que un martes lluvioso, un amigo de su nieto se acercó a ella y le tocó con su dedo índice el bindi que llevaba pintado entre sus dos cejas. La miró sin pestañear a los ojos e hizo una pregunta:

—¿Por qué?

Ulka le sonrió. No entendió lo que ese niño le había preguntado, pero lo intuyó por el gesto de tocarle ese punto mágico que siempre llevaba. Le hubiera encantado hablarle del tercer ojo, de por qué ella se lo pinta siempre de rojo para recordar a su marido, de que ese puntito la lleva volando a su país, al que echa tanto de menos y que por eso, pintárselo es lo primero que hace cada día cuando se levanta de la cama y se lava la cara...

Pero solo pudo sonreír al niño y decirle «adiós».

Ulka aún no lo sabía, pero ese niño, Pedro, nunca se daba por vencido.

Al día siguiente, cuando abrieron la verja del colegio para que los niños volvieran a sus casas, junto a Yug venía Pedro y con más refuerzos. Al menos siete niños la rodearon.

—¿Por qué? —preguntaron tocándole su ropa.

Ella puso cara de no entender y los niños volvieron a preguntar:

—¿Por qué llevas un vestido encima del pantalón? ¿Y por qué llevas también más pañuelos encima de la ropa? ¿No tienes calor? Es casi primavera...

Ulka se preguntaba qué querría ahora ese niño pelirrojo. ¿Por qué todos los niños le levantaban la ropa? Yug le explicó

## *A todo color*

en hindi que todos querían saber de su *sari*. Quería contarles que realmente no era un *sari*, sino un *Salwar Kurta* y que por los colores y la forma de vestirlo expresaba así su personalidad, como si le contara al mundo quién era ella, pero no sabía cómo hacerlo. Ulka sonrió de nuevo y les dijo a todos «adiós» antes de marcharse, cogiendo a su nieto fuerte de la mano.

Yug era la razón de que Ulka dejara Mumbai. Solo tenía un hijo y un nieto. Siempre soñó con tener una gran familia, tener muchos hermanos, hijos y nietos. Le encantaba estar rodeada de niños, pero su Dios solo le mandó un niño al que cuidar. Cuando su hijo y su nuera se vinieron a un sitio tan lejano como Madrid a trabajar y luego su marido se marchó más lejos aún tras su larga enfermedad, pensó que se iba a volver loca de tanto silencio y de la soledad que tenía en su casa. El nacimiento de Yugmandar lo cambió todo. Tanto, que hasta se atrevió a dejar atrás ese país que tanto amaba.

Hay personas que odian los lunes y otras que los adoran. Ulka era de las segundas. Cada lunes, al empezar la semana, se llenaba de energía, de nuevas ganas, rezaba a sus Dioses para que la protegieran a ella y a su familia, preparaba el desayuno para todos y se vestía con su colorida ropa de seda para acompañar una vez más a su nieto hasta su escuela.

Ulka iba feliz cantándole a Yug la melodía de *Mere Desh Ki Dharti* y explicándole las maravillas de la patria y la riqueza de su país cuando llegaron al centro educativo.

Normalmente, los padres dejan a los hijos a la entrada y se van corriendo a trabajar para no pillar el atasco de primera hora, así que no los ves por la prisa. Tampoco ves a los niños porque entran a las clases rápido y medio dormidos. Hoy era distinto. Los padres ya se habían ido, pero había un grupo de niños en la

entrada sin cara de sueño y haciendo un corrillo. En el medio de todos ellos había una cabeza naranja, la de Pedro. ¿Estaban esperándola a ella?

—Os estábamos esperando —le dijeron a Yugmandar—. Hola, «abuela de Yug», ¿Cómo te llamas?

Ulka se quedó callada sin saber qué decir, pues no entendía qué le decía ese niño. Les sonrió de nuevo a todos y les dijo, una vez más, «adiós». A lo lejos, pudo escuchar que Yug les decía su nombre a sus amigos.

—Es mi abuela, mi *dadi* Ulka.

Qué pena no saber el idioma, pensó Ulka. Le hubiera encantado contarles el significado y origen de su nombre, seguro que esa historia les gustaría a unos niños tan pequeños. En la India hay una tradición muy bonita que tiene que ver con la astrología y con cómo están las estrellas cuando nace un bebé. Se mira la constelación creciente en el horizonte el día y la hora del nacimiento y el astrólogo pinta su horóscopo poniendo las letras correspondientes a su constelación. El día y hora que nació Ulka, salió la letra U. Sus padres podían haber elegido Uma, la Diosa del amor, o Urvashi, que significa «la más bella de las apsaras», pero no. Eligieron Ulka. Menos mal que no eligieron Uttara, que significa «respuesta», porque ahora mismo es lo único que nunca conseguía dar.

## **Capítulo 2**

Esa noche, Ulka tuvo un sueño. Estaba en su casa de Mumbai, rodeada de todas las flores de colores que había plantado en el jardín. Los pájaros venían piando a saludarla. De pronto aparecía *Sarasvati*, la Diosa del conocimiento, volando sobre un *Mor*

## *A todo color*

y le repetía una y otra vez «pavo real» para que aprendiera su traducción al castellano.

La Diosa llevaba una especie de pergamino en llamas que iba agitando.

—Esta era la Ulka antes. Olvídala, su tiempo ya pasó. Ulka necesita ser ahora otra. Sígueme.

Detrás de ella, Ulka llegó al Templo de *Kashi Vishvanath*. Iban a buscar al Dios Shiva. Allí se encontró a Pedro, que le preguntaba si las flores en la India olían igual que en Madrid... Ella quería hablarle, animarle a que acercara su nariz a esos nuevos olores de *champa*, *parijat* o *kunda* pero solo podía señalar las flores. Veía a tantos niños saltando y jugando felices con Yugmandar alrededor de ella...pero Ulka solo podía sonreírles.

Justo cuando estaba a punto de despertarse, vio un camino luminoso que salía de su cabeza.

—¿Quieres poder comunicarte con todos esos niños? Sigue el camino, tú puedes —le dijo el Dios Shiva—. Solo necesitas una cosa: la palabra adecuada.

Cuando abrió los ojos, Ulka se sentía diferente. Por primera vez en tres años, cuatro meses y veinte días, sintió que aún le quedaba algo más que hacer que llevar y recoger a su nieto del colegio. ¿No había querido siempre estar rodeada de niños? ¿No era eso lo que siempre había deseado? Pues ahora tenía la oportunidad y tenía que aprovecharla. Pero ¿cuál sería la palabra adecuada a la que se refería Shiva en el sueño?

Le estuvo dando vueltas mientras preparaba el desayuno y se vestía. La tenía. Sabía cuál era la palabra adecuada. Fue corriendo a despertar a Yugmandar.

—Necesito saber cómo se dice en español «*kya*».

—Mmm... ¿*kya*? Creo que se dice «qué». ¿Para qué quieres saber eso?



—Es la palabra más importante que hay, ya lo verás.

Estaban llegando al colegio y Ulka lanzó su primer «*kya*» señalando al edificio.

Yug le contesto:

—Es la escuela, abuela.

Cuando llegaron a la puerta del colegio y vio a los amigos de su nieto, Ulka volvió a soltar un «*kya*».

—*Dost* se dice «amigos», abuela.

Ulka se acercó al grupo de niños liderado por Pedro y les dijo con su mejor sonrisa:

—Hola, amigos.

Se sintió ganadora por primera vez en mucho tiempo.

Pedro y los demás abrieron mucho la boca, sorprendidos.

Cada día, Ulka le decía más y más veces «*kya*» a Yugmandar.

*Kya*, «madre». *Kya*, «comida». *Kya*, «señal». *Kya*, «coche»...

Pronto, todos quisieron enseñarle a Ulka más palabras. Pedro la saludaba y, enseñándole la bolsa de su comida, le decía: «Mira, Ulka, desayuno»; Pablo le enseñaba al bebé que llevaba su madre en brazos y le gritaba: «Ulka, mi hermano»... Ella trataba de recordar cada una de las nuevas palabras. ¿Por qué sería que ahora se le quedaban en la cabeza y antes no? ¿Qué había cambiado? Qué buena motivación eran esos niños...

El curso estaba llegando a su fin y Ulka tuvo una idea para agradecer a los niños su ayuda. Gracias a ellos ya sabía decir más de tres palabras.

Ese viernes se levantó temprano y se puso a cocinar. Primero preparó *pedas* y *barfis*, así cuando se enfriaran los envolvería con papeles de colores; luego hizo una veintena de *sandesh* con forma de objetos de colegio. Había lápices, libros y reglas moldeados con cuidado, pues eran los más especiales. Y, por último, olorosos *ladoos* de coco.

## *A todo color*

—¡Buenos días, Yugmandar! ¡Despiértate, rápido, que hoy tengo una sorpresa para ti!

—Abuela, ¿por qué te has puesto el sari de fiesta? Parece que vas a una boda...

—Hoy va a ser un día especial, ya lo verás.

Y allá se fueron caminado al colegio, como cada viernes, aunque hoy no fuera un viernes más.

Cuando llegaron a la puerta, Ulka abrió la enorme caja de madera que antes llevaba en brazos y la transformó en una improvisada mesa. Sobre ella colocó bien ordenadas las cajitas que antes iban dentro. Era todo tan bonito... había todo tipo de dulces indios envueltos en celofán de colores, flores adornando, sedas naturales de diferentes retales que usaba como si fuera un mantel... ¡y cómo olía todo! Pero, sin duda, lo mejor eran las sonrisas en las caras de Ulka y de Yug.

Pedro y Martin fueron los primeros en llegar, pero pronto aparecieron todos los demás.

—Hola, amigos —les saludó Ulka—, tengo caramelos y dulces. Para vosotros. Gracias, yo ser feliz contigo.

Ellos se rieron al escucharla. Ella sí que hablaba como un indio, pero esta vez de verdad.

—¡Ya sabes hablar! —gritó Juan con alegría—. Ahora sí que nos vas a poder contar cosas...

En menos que nada, los niños se repartieron los caramelos hasta que ya no les cabían más en los bolsillos del pantalón.

—Para el recreo —le decían mientras agitaban sus manos para despedirse.

A las cinco de la tarde, Ulka estaba ansiosa por ver a sus niños. ¿Les habrían gustado los dulces? ¿Le preguntarían algo de los sabores? ¿Cuál sería el favorito?

Los niños salieron en tromba y fueron contentos hacia Ulka.

—«Abuela de Yug», «Abuela de Yug», quiero más de los de coco, ¿tienes más?

—Ulka, los *ladoo* están requetebuenos, ¡gracias!

Y a Ulka le volvió a latir con fuerza el corazón, se le aflojó al fin ese nudo de la garganta que no le dejaba salir las palabras y empezó a aplaudir mientras les decía a los niños:

—Bien, bien...yo cocinar más. Contenta yo.

Los padres se empezaron a acercar a recoger a sus hijos sin entender tanto alboroto. Los niños les enseñaban contentos los restos de papeles de colores, mientras explicaban los raros sabores que habían conocido ese día.

### **Capítulo 3**

Al fin era lunes. Su día favorito. La verdad es que tantas emociones en esa semana empezaban a pasar factura al añoso cuerpo de Ulka. El próximo fin de semana trataría de dormir más, a ver si recuperaba las fuerzas perdidas.

—Yugmandar, despierta. ¿Sabes cuántos días quedan para que se termine el colegio?

—Demasiados, abuela.

Ulka se rió. Cómo le gustaban las respuestas llenas de lógica de los niños...

Se pintó su bidi rojo y se vistió con su sari amarillo, pues hoy se sentía al fin en paz.

Yugmandar entró corriendo por la puerta del colegio, pero Ulka, en vez de irse en silencio como tantas veces, decidió esperar a que llegaran los demás niños para decirles «hola».

## *A todo color*

Allí veía la cabeza naranja de Pedro, así que Ulka preparó su mejor sonrisa, sacó su brazo de debajo de las sedas bordadas y sacudió su mano con energía.

—Hola, Pedro. ¿Cómo estar tú hoy? ¿Bien?

Pedro miró a su padre, bajó la cabeza sin decir nada y entró en la escuela.

Martín venía detrás tirado por la mano de su madre. Ella miró con gesto airado a Ulka y el niño levantó los hombros y le puso cara de no entender nada cuando pasaron por su lado.

Lo peor fue cuando la madre de Lucas vino hacia ella con el dedo índice moviéndose de arriba abajo. Mala señal.

—No vuelvas a darle comida a mi hijo. ¡A saber qué lleva eso! ¿Y si le llega a dar alergia? ¿Y si tiene bacterias? ¿Acaso no sabes que no se puede dar nada que no esté empaquetado? Además de lo mal que huele, ¡seguro que los intoxicas! Todos sabemos que hay parásitos en esas cosas que usáis, ¡pobre de ti como le dé diarrea a mi niño!

—Perdón —llegó a decir Ulka antes de darse la vuelta y marcharse a su casa.

Notó su cara arder de la rabia. ¿La estaba llamando sucia o cochina esa madre? ¿Cómo podía pensar que ella quisiera hacerles mal a unos niños?

Ulka sintió pena, sintió vergüenza por haberse creído con derecho a formar parte de ese grupo de personas que cada día se veían junto a la misma puerta y se sintió con ganas de volver a Mumbai. Allí nadie habría pensado eso de ella.

Esa noche se disculpó con su familia y se fue a la cama sin probar el *sambar* que había preparado su nuera, aunque fuera su comida favorita. Todos creyeron que estaba enferma y la dejaron descansar de sus obligaciones.

«Mejor así», pensó Ulka. No quería volver al colegio hasta el próximo año, si es que no se quedaba para siempre en la India cuando volvieran para las vacaciones de verano.

Ya en la cama, Ulka tuvo de nuevo un sueño. Estaba en su casa de Mumbai, rodeada de todas las flores de colores que había plantado en el jardín. Los pájaros venían piando a saludarla. De pronto aparecía *Sarasvati*, la Diosa del conocimiento, volando sobre un *Mor* y le repetía una y otra vez «pavo real» para que aprendiera su traducción al castellano.

—Yo ya sé español, he cambiado para ser una nueva Ulka.

—¿Y entonces por qué parece que quieres volver a ser la antigua Ulka?

—No me gusta la nueva Ulka. A esta Ulka no la tratan bien. Pero tú has quemado a la vieja Ulka...

—Tú puedes ser quien quieras ser, la nueva, la vieja o una mezcla de las dos. No tienes que pedirle permiso a nadie para hacer lo que desees hacer. Ni siquiera a mí. Ven, sígueme.

Detrás de ella, Ulka llegó al Templo de *Kashi Vishvanath*. Iban a buscar al Dios Shiva.

Allí se encontró a Pedro, que le decía que las flores en Madrid olían a los dulces de la India. Veía a tantos niños saltando y jugando felices con Yugmandar alrededor de ella... Se echaban polvos de colores y se disparaban agua. Con el agua y el sol salió un arcoíris entre las nubes. Ulka sonrió.

Justo cuando estaba a punto de despertarse, vio un camino luminoso que salía de su cabeza.

—¿Quieres poder comunicarte con todos esos niños? Sigue el camino, tú puedes —le dijo el Dios Shiva—. Solo necesitas una cosa: la sonrisa.

## Capítulo 4

Ulka abrió los ojos. Hoy no era lunes, pero daba igual. Iba a ser un buen día.

— «*Mā*», tienes mejor cara. Se nota que hoy te encuentras mejor —le dijo su hijo al verla.

Ella mostró su gran sonrisa.

Fue a despertar a su nieto vestida con su sari azul, pues hoy se sentía valiente.

—Abuela, no quiero ir al colegio. No hay nada que aprender allí.

—Siempre hay algo que aprender y, además, hoy te daré la mejor lección de tu vida. Vístete y ponte el *kurta*, que es un día importante.

—Ay, ay, ay *dadi*... no le vas a pegar a nadie, ¿verdad?

—Eso nunca. ¿Tú sabes quién fue Mahattma Gandhi, Yug-mandar?

—Si, mamá me habló de él. Fue un abogado y político de nuestro país que consiguió que la India fuera independiente de Gran Bretaña.

—Eso consiguió, si, pero lo importante es cómo lo consiguió.

—¿Y cómo lo hizo, abuela?

—Con una sonrisa, educación y sin violencia.

—Pero así nadie te hace caso... Si me quitan el balón en el colegio y no les amenazo con chivarme, no me lo devuelven.

—Gandhi dijo: «Si pudiéramos cambiarnos a nosotros mismos, las tendencias en el mundo también podrían cambiar».

—No entiendo nada. ¿Qué quería decir?

—Que seas tú el cambio que quieres ver en el mundo. Tu comportamiento es la clave, sé ejemplo para los demás. Y ahora vámonos al colegio.

Ulka y Yug llegaron pronto a la entrada del colegio. La abuela llevaba colgada del hombro una gran bolsa con dulces que había preparado esa noche.

«Mala idea», pensó Yugmandar al verlos.

Los primeros en llegar fueron Lucas y Pedro con sus madres. Ulka los abordó y esperó a que llegaran los demás.

—Perdón —les dijo con su mejor sonrisa— yo sentir enfadados con dulces. Yo tener que preguntar antes a padres. Los niños quieren saber de mi país, siempre preguntar a mí. Yo querer invitar a todos a fiesta india antes de fin de colegio. Padres y niños.

Y Ulka entregó unos papeles donde había escrito la fecha y dirección de la fiesta, junto con unos *peda* y *barfis* bien envueltos en papel de colores.

—Hechos por mí. Todo natural. Yo cocinera en India. No peligro, poder comer. Prometido.

Los amigos de Yug lo cogieron de la mano y entraron juntos al colegio. Ulka dijo adiós y se marchó a su casa. Los padres, por primera vez en mucho tiempo, no se fueron corriendo a sus trabajos, sino que se quedaron en grupo comentando qué debían de hacer ahora.

Y llegó el día.

Era un sábado temprano y Ulka y su familia se fueron a un parque bien sombreado para ese día de calor. Tenían todo lo necesario para celebrar el *Holi*: latas enormes de *gulal* y *abeer*, que eran polvos de vistosos colores. También tenían globos para llenarlos de agua y *pichkaris*, una especie de pistola de agua.

Habían montado mesas decoradas con telas pintadas y sobre ellas había vasos con muchas bebidas, incluidas algunas como el *thandai*, que el padre de Yugmandar preparaba de maravilla. También había fuentes llenas de dulces típicos para esa festividad, como *gujiya* y *malpua*.

## *A todo color*

Estaba toda la familia muy nerviosa.

—¿Y si nadie viene a la fiesta?

—Vendrán —dijo Ulka— lo sé...salía en mis sueños.

Y llegó también la hora.

Y como Ulka había dicho, empezaron a llegar a la cima del parque muchos niños en bañador con sus padres.

Cuando ya estaban todos y ya se habían saludado, Ulka decidió usar sus nuevas habilidades y hablarles a todos en español.

—Hola, amigos. Gracias por venir. Yo querer hacer algo especial aquí, en Madrid, con vosotros por hacerme estar contenta. Bienvenidos a esta fiesta India llamada *Holi*. Es un festival de colores que se hace para celebrar la primavera y que siempre gana el bien sobre el mal. Yo contar historia a vosotros de esta fiesta: había dos hermanos que se querían mucho, Krishna y Radha. Krishna tener piel azul y Radha ser muy blanca. Ellos no entender por qué ser diferentes, entonces su madre le dijo a Krishna que pintara cara de Radha de color, como él. Los hermanos ya no eran diferentes. Holi celebra que todos somos lo mismo y el amor que nos damos. No diferencias. Quererse y abrazarse. ¡Todos iguales!

Y empezó la fiesta. Aplaudieron, bailaron juntos, se echaron polvos de colores unos a otros y se mojaron con agua verde, amarilla y naranja.

Cuando ya se hacía de noche, a la luz de una hoguera, contaron historias y tradiciones de ambos países.

De pronto, Pedro preguntó:

—Ulka, nunca me dijiste qué significa tu nombre...

Ulka entonces les explicó a todos la historia de las constelaciones y las letras para escoger el nombre de los bebés recién nacidos.



—Ese día salió la letra U y eligieron para mí Ulka, que significa «meteorito», ¿podéis creer? ¡Mis padres ver a mí como piedra dura voladora!

Todos rieron.

—Yo creo que eligieron ese nombre para ti porque eres una potente luz en las vidas de la gente, Ulka —se atrevió a decir la madre de Lucas.

Todos aplaudieron y afirmaron moviendo sus cabezas.

—¡Viva la abuela meteorito! —gritaron los niños.

—¡VIVA! —sonó en lo alto del parque de un Madrid que era de todos, sin importar el sitio donde hubieran nacido, para dibujar esa constelación de estrellas que ahora reían junto a la hoguera, luciendo los mismos colores, siendo al fin iguales.

Ulka encontró de nuevo su nombre. Justo mañana haría cuatro años, siete meses y dos días.









## **Abrazo sin compromiso**

**Ángel David Palacios Abadía**

Antes de escribir poesía me quito los nudos del cabello, los enredos acumulados en el papel en blanco, y entonces suelto todo con la brevedad de un suspiro. Como resultado queda la ceniza, punto final para las palabras sin bordes, sin evidencias de que fueron racimos paritarios compuestos por dos versos inspirados en el género más corto que existe de poesía y que surge en los cantos de las mujeres del desierto del Sahara. La poesía *tebrae* me la enseñó mi amiga saharauí al mostrarme un documental sobre su pueblo. Ella dice que la *tebraa* busca expresar lo máximo con el mínimo de recursos. Uno de los poemas que me ha dejado de ejemplo su mirada dice que, desde un nacimiento indeterminado, cae lentamente quien como una hoja de otoño es. En dicho documental también se expone el hecho de que el pueblo saharauí fue desplazado por bombardeos de napalm y fósforo blanco durante la llamada Marcha Verde. Ella asegura no haber llorado por el suceso, ni acordarse o afligirse, porque ha vivido aquí en España desde hace buen tiempo junto a su madre que es lideresa de un grupo de mujeres saharauíes que reclaman su

*A todo color*

independencia. Yo lloro porque eso pasó, simplemente por eso, como si tuviera mis lágrimas arrendadas, así que escribo para sopesar razones y llueven truenos de mis mejillas por tormentas distantes.

—¿Estás aburrida? —me pregunta mi abuela al volver a casa, luego de su caminata diaria.

Triste, quise decir.

—Solo tengo sueño —terminé respondiendo.

—¿No saldrás? Me encontré a tu amiga, la vi cerca del ayuntamiento con su madre.

—Abuela, ¿me trenzas el cabello?

—Sabes que eso lleva su buen tiempo, y allá te andan esperando.

—No importa, si no se da no voy.

Las manos de mi abuela tejieron los inmejorables movimientos de la costumbre, sobre mi cabeza, que quedó como el mapa fresco de un tesoro escondido. Una vez asegurada la última trenza tocaron la puerta.

—¡Nyatiti, es tu amiga Zeydan! —gritó la abuela

—¡Dile que entre!

—Oye, me dijiste que no faltarías. ¡¿Aún lloras por ese documental?! —dijo Zeydan en cuanto llegó a mi habitación. Yo estaba hecha un ovillo, haciéndome la difícil para no salir de casa.

—Sabes que nada de lo humano me es ajeno —repliqué, y me soné la nariz.

—¡Entonces ven! Me sentiré como un témpano de hielo si no estás, eres mi mejor amiga.

—Está bien. —Puse los ojos en blanco y me levanté de la cama de un tirón. Ya organizada, me tapé las ojeras con unas gafas de sol y salimos a la calle.

Cerca del ayuntamiento estaba reunida La Manada, solo faltaba yo, al parecer. Nos abrazamos por un largo momento donde hice un sonido al que todas nos sumamos en una nota polifónica que duró todo lo que pudimos, que es lo que hago cuando busco amor. Quienes pasaban por la acera nos miraban extrañados y apenas nos reíamos. Nos montamos en la *minivan* manejada por la madre de mi amiga. Durante el viaje a las afueras del pueblo cada una puso una canción. La mía fue *Free* de Khadja Nin; me insufla alegría con tan solo escucharla. Antes de conocer la letra creía que una parte decía «Africa-mamá-gic», lo cual me parecía muy creativo, pero resultó que decía algo muy diferente, con una parte en swahili: *I'm free kama maji*, que significa «soy libre como el agua». ¡Qué bonito es contemplar con música los paisajes que se forman en el camino!

Adelante, Kimbe, Nana y Helen se apiñaban en un cotilleo que fluía entre desembarazadas risas. Atrás, Zeydan y yo nos sostuvimos de la mano, apenas diciéndonos nada con las palabras; parecía que nos comunicábamos por ósmosis, las cadencias del silencio bastaban. Yo pensaba sobre la vida, me anegaba la consciencia con la plena certidumbre de que vivía lo que podría considerar perfecto. Mi existencia lo era todo, y todo era yo, pero ¿qué era lo que me anudaba la garganta cuando me enteraba de que bajo este cielo sucedían eventos infortunados e irrevocables? No lo sabría decir, y cuando me quise aventurar a prolongar tal cuestionamiento Zeydan me apretó la mano, como si supiera que me estaba entristeciendo.

—No sé cómo lo haces —le susurré.

—¿Qué?

—Ves lo positivo sobre las cosas, aunque sean negativas.

—Qué te digo, soy única e irrepetible.

## *A todo color*

—¿De dónde vienes? —le pregunté con sincera intriga. Ella me miró con cara de circunstancias, pues sabía que no le preguntaba por su nacionalidad, sino por algo más.

—Vengo del desierto, todo el Sahara es mío —aseguró ella, impávida.

Me reí con una carcajada que por un momento detuvo las conversaciones adelante. Comencé a silbar y me dormí. Entré al mundo de los sueños. Era una flor; cerca de mí las mariposas, grandes como discos de vinilo, se posaban sobre la tierra en la que se alzaba mi tallo. Al parecer era una tierra tan rica en nutrientes que mi cuerpo se estiraba hasta lo alto, donde me volvía comparable a un algarrobo o a un olmo de montaña, pero era una flor refulgente de color amarillo y café, desvernada ante el sol, que me abría los caminos de mis pétalos hasta llegar a mis raíces, regocijadas. Había algo curioso en la manera en que percibía los rayos del sol, era como si no quisiera irme a otra parte. Después de todo, era una flor, pero también tenía la vaga idea de ser humana, así que sacudí mis raíces y eché a andar como una criatura bípeda. Fue entonces cuando llegué a un punto donde se alzaba un muro y mis raíces de inmediato comprendieron su facultad de atravesar durezas; sin embargo, el proceso sería tan lento y tardaría tantos años hasta traspasar el muro, que me quedé dormida dentro del sueño.

—Ya llegamos —dijo la madre de Zeydan, orillando la *mini-van* a un lado del camino.

A merced de la naturaleza, en torno al fuego y al lado de un río, estábamos siendo alzados por la voz elevada de mi amiga Helen con su guitarra. Ninguna prestó atención al hecho de que en un momento llegó un grupo de sujetos. Nos miraban por el rabillo del ojo. Uno de ellos dijo «nos quitan hasta la tranquili-



dad», pero la música estaba imperturbable, las notas se alzaban con el baile eufórico de los pájaros, que descendían y se alzaban con exuberante rapidez por los aires. Como si de una telaraña se tratase me percaté de lo que en ella caía, siendo mi mirada dicha red. Me daba cuenta de que uno de ellos estaba preparado para liberar algo similar a una exasperada emoción sobre nosotros; se acercaba y volvía sin poder dar con la mirada de quien estuviera dispuesto a atender lo que quería expresar. Otro de ellos nos miraba con una fijeza innecesaria, visiblemente incómodo de que estuviéramos disfrutando. Los otros dos parecían no entender el desagrado de sus amigos y lo lastraron en silencio. Cuando se fueron, uno de ellos lanzó una piedra al río.

—No le prestes atención a esas cosas —me dijo Zeydan con la mirada.

Añadimos otro tronco de leña a la fogata, que crujió.

Hablábamos sobre las vidas profesionales de todas. Helen estaba ofendida porque en su trabajo en la alcaldía le exigían la perfección cada vez que se equivocaba, que solía ser esa rara vez en donde se comete un error por simple humanidad, y su jefe la reprendía el doble de lo que a las equivocaciones de otras personas, y eso le generaba impotencia. Ella era la única persona negra en su trabajo. Nana dijo con desaliento que no sabía por qué en su oficina la mandaban a por los cafés, nunca a sus compañeros blancos.

—La otra vez salió el tema del trauma generacional entre las comunidades de la diáspora, me dijeron que estaba resentida —susurré durante un silencio.

—Tus emociones que buscaban comprensión solo recibieron un muro de indiferencia —me dijo Kimbe.

—Déjame adivinar, te dijeron que la esclavitud fue abolida —acertó Helen.

## *A todo color*

—Así es, mientras que yo estaba sintiendo esa clase de dolor espiritual, por el hecho de que nací aquí, en España, porque mi abuela tuvo que emigrar de Burkina Faso.

—Son escasas las personas que te entenderán desde la otra orilla, por eso tomé la decisión de no hablar de esos temas con personas blancas —aseguró Helen.

—Pese a que son ellas con quienes es más importante hablar de ello, ¡paradojas! —dijo Nana.

Aunque la conversación siguió por un largo rato de desahogo, me abstraí en un momento. Me parecía que encontrábamos el punto común de nuestras circunstancias: veníamos de familias que en su momento vinieron de otras latitudes; de ese lugar que por sentido de pertenencia se comprende, pero nos sentíamos a veces como si no fuéramos de aquí, como los Otros, los que no son suscritos al panorama preconcebido de la Nación, y que por antonomasia se relegan a la imagen del extranjero. Quise volver a la conversación, pero preferí acercarme a una flor parecida a la de mi sueño. Numerosas mariposas revoloteaban a su alrededor. Cuando menos pensé, estaba escribiendo en el aire, con un susurro.

«Lágrimas  
Se escapan del mar».

Suelo conmoverme con la belleza de existir; podría quedarme horas viendo lo que ofrece la naturaleza y no alcanzaría a dilucidar la magnitud de su sello distintivo, su premisa, donde todo fluye como el río, y me deslizo en dicho flujo hasta dar con los recónditos parajes de mi contemplación. Hallo entonces tanto espacio como en el exterior, sin asir borde alguno, o eso hubiera seguido pensando de no ser porque sentí el aroma de los distin-

tos aportes gastronómicos a la mesa de nuestro compartir y mi estómago reaccionó. Era momento de comer.

—El *jollof* que haces es de un nivel magistral —le dijo Zeydan a Kimbe.

—El *cuscús* de tu madre no se queda atrás —ripostó ella, tratando de no hablar con la boca llena.

—¿Cómo sabes que lo hizo mi madre y no yo? —quiso replicar Zeydan.

Con el paladar contento todas halagaban la comida casera que cada quien traía de su cocina, como si esta todavía se encontrara en su lugar de origen, honrando la sazón pese a la distancia. Se delataban las combinaciones de los pasos ancestrales que consumaron lo que nuestras bocas disfrutaban, y de nuevo intercambiamos las recetas. Ciertos ingredientes no se encontraban aquí, lo cual conllevaba realizar ciertas modificaciones en las preparaciones, tan solo alteradas con la levedad de la improvisación. Dichas correcciones de nuevo recordaban un estado previo de otros matices quizá más familiares, enraizados en una tierra lejana que aún los recuerda.

—No sé ustedes, pero creo que no puedo amarlas más —dijo Nana, cabeceando, ya con sueño.

—Parece que es el momento de tomar la foto de recuerdo, antes de que Nana caiga.

Nos acomodamos a la vera del río y exclamamos nuestra comida favorita, que fue lo que propuso la madre de Zeydan segundos antes de apretar el obturador de la cámara. Se escuchó la combinación poliédrica del *jollof* de Kimbe, el *cuscús* de Zeydan, el *bofrot* de Nana, el *pandeyuca* de Helen y la *paella* de mi gusto.

El entusiasmo didáctico de nuestro grupo quiso continuar la velada en mi casa, donde reemplazamos el fuego por el calor de

## *A todo color*

la palabra. Con el tiempo diluido en la tranquilidad que otorga una noche sin afanes, iniciamos un juego donde debíamos tratar de adivinar lo que tuviéramos escrito en la frente. Me tocó «poesía», pero tuve la desacertada precaución de no probar lo más obvio, por lo que me demoré en dar con lo que tenía tan cerca como para serlo y a duras penas verlo, tal y como le pasa a la nariz, que se encuentra a una distancia donde el cerebro la difumina para no verla, prescindiendo de lo obvio que resalta a la vista por mero acostumbramiento. Cuando se hizo lo suficientemente de noche como para que empezara a ser mañana, todas seguíamos despiertas. Mi abuela nos sirvió té y la conversación llegó al clímax de lo especulativo: hablamos de fantasmas y de rituales de dudosa procedencia para conseguir el amor, hasta que llegó el alba. El día era festivo por una celebración nacional que agradecíamos, por lo que recibimos la mañana con pereza, pero con el entusiasmo que aún perduraba en quienes no se habían dormido. Seguimos con los juegos de adivinaciones, pero esta vez con el tarot involucrado y el destino de por medio. Al parecer a Zeydan sí le pertenecía el desierto y estaba preparada para caminarlo con largas zancadas, y con un mapa de los oasis que todavía regentaban en los confines de sí misma; y esto según la voz de Kimbe, que salía a borbotones y con los ojos cerrados.

—Zeydan, qué hay de tu sueño de ser una Estrella Pop —le pregunté con incendiaria intención.

—Las cosas más preciadas llevan su tiempo —me dijo con esa humilde expresión altiva, por contradictorio que pareciera el gesto.

Ya no éramos las niñas de antaño, que se conocieron en el colegio y se hicieron amigas por el hecho convenido por la mayoría de ser diferentes, sin embargo, sus ojos no dejaban de asegurar

intacto su sueño, lo cual me parecía de por sí increíble. Zeydan se comportaba como se comporta quien siente lo que anhela, por lo que se acercaba con contundencia a ello, y por algún motivo, eso me hacía sentir tan orgullosa de ser su amiga como meditativa al respecto. Después de todo, siempre he querido ser una escritora que viva de ello, pero tal asunto me cuesta verlo como posible, al ser los temas que trato aquellos en donde el cuerpo negro entra a la imagen por la vía de la dignidad, del profesionalismo, incluso de la ciencia y la poesía, y no desde lo anómalo y/o exótico, como sucede en muchas narraciones decimonónicas e incluso recientes que son leídas con amplitud.

—Me presentaré mañana en la feria del ayuntamiento, en el marco de la Asociación Provincial de Sevilla de Amistad con el Pueblo Saharaui. Habrá un evento grande, están invitadas —dijo Zeydan, con cierta seriedad.

—Ya te veré llenando teatros —agregó Kimbe, bostezando y acomodándose para dormir.

El día de la presentación de Zeydan su madre estuvo repartiendo folletos que no se detenían en el sufrimiento de los refugiados. Allí se plasmaban nombres reales respaldando sueños, ambiciones y planeaciones sobre aquella tierra cansada, árida, donde la desecación del suelo complicaba la huerta. Ante esto su madre, ingeniera agrónoma, planteaba un posible vergel donde la variedad de frutas y vegetales fueran una realidad accesible para las familias a su alrededor. Para eso reunía los fondos que se fueron acumulando a pasos abreviados, por parte de toda clase de personas que pasaban por el ayuntamiento y dejaban su grano de apoyo. Kimbe, Helen, Nana y yo no parábamos de aplaudir cada vez que Zeydan terminaba una canción o decía algo versado por el micrófono; estábamos de acuerdo en que nuestra amiga

## *A todo color*

lograría lo que se propusiera, se le veía determinada y sin duda brillando. Cuando volví a casa, inspirada por los eventos recientes, escribí algo que podría ser el brote de una semilla. Como si de la tristeza hubiera hecho un material moldeable le di forma de enredadera, una ocupando el mismo sitio donde se sentaba mi abuelo a ver pasar la tarde con la lentitud del sosiego. Mi abuela me decía que cada tanto sentía un abrazo escondido en el viento, y que sabía que era su ausencia. Me pregunto si hay abrazos escondidos que no se han encontrado con su destinatario, y son hallados más tarde, por casualidad, en otro clima y otro tiempo, sin la correspondiente imagen de quien los transmite clara mas que su recuerdo vuelto lágrimas de un momento para otro.

Sin resistencia alguna las nubes seguían su curso horizontal; el tiempo avanzaba hacia adelante como siempre, pero yo me sentía suspendida en él. Mis trenzas todavía se sentían apretadas, recién hechas, lo cual me daba aún más ganas de deshacerlas y esponjarme el cabello de nuevo. Quise salir a dar una vuelta, pero el cuerpo me pesó mucho más que la acción. Se me antojó la comida tailandesa de un restaurante cercano, pero aquel lugar donde la vendían me hacía pensar que era un castigo ir, debido a la actitud malgeniada con la que me atendían. Así que me quedé en casa, de nuevo yo y las palabras. ¿Cuál podría ser la siguiente? El peso de las letras frenaba las frases completas, que parecían no salirme de acuerdo con lo consensuado entre el papel y mis motivaciones. Me sentía en una senda sinuosa, donde se convertía en un reto entender que postura tomar frente a la vida como persona racializada. Las palabras que no pudieron pronunciarse y las escenas que no pudieron ser rememoradas de mis ancestros, así como las lágrimas que no pudieron ser vertidas, son conservadas en secreto generacional, toda la génesis de

mi diferencia pudo haber continuado su curso natural si dichos sucesos irrevocables e irreversibles no se hubieran dado, y es algo de lo que no tengo la culpa. Con amorosa aproximación a mi herida espiritual nadie más que yo decidirá el curso de lo siguiente; como experta en letras buscaré las combinaciones más osadas y singulares, sin coordinada alguna, con la sola fe en lo que la brújula moral de mi corazón puede ver, apuntalando su rosa náutica a la soberanía de su sentir.

Cuando mi abuela me vio, de nuevo dormida en la silla del abuelo, me cobijó con sumo cuidado. Yo me hacía la dormida, esperando el momento de su cariño. No sé cuánto pude escribir sobre lo que estuviera viviendo, y tampoco podría apreciar el orden en que se estuviera apreciando mi experiencia, pero existir era algo para lo cual contaba con la prerrogativa de mis sentidos dispuestos para la acción, esa que salía a flote cuando menos me lo esperaba. A lo mejor quería seguir aceptando con rebeldía mi lugar, el que bajo un propósito me dicta un camino que vuelve a la raíz, al lenguaje vernáculo del amor.







## Donde las aguas se mecen

Cassandra Ripoll

*La noche que el barco se hundió, todos mis cuentos ar-  
dieron. Las páginas chisporrotearon y como mariposas  
negras escaparon de mis dedos. Las palabras se enreda-  
ron en las copas ondulantes de los cipreses. Ascendieron  
hacia el manto gris que cubría las estrellas.*

Nyota permanecía clavada al acantilado. La hierba caracoleaba en sus tobillos, meciéndose en la brisa. Hasta allí llegaban los gritos. Pese a la noche sin luna, podía distinguir las figuras agitándose sobre el casco del barco, tratando de escapar del mar embravecido que las engullía sin remedio. Las lágrimas brotaron y se evaporaron al contacto de sus mejillas que quemaban, aunque ella no lo notase. Gotitas de aquella llovizna cálida salpicaron hacia el cielo. Su cabello trenzado ardía y las llamara-das teñían las nubes de relámpagos rojos. El fuego encendido crepitaba prendiendo todo a su alrededor. Los nubarrones chamuscados comenzaron a desintegrarse y una lluvia de cenizas descendió sobre aquel pueblo esculpido entre las rocas.

## *A todo color*

Una pátina gris lo cubrió todo, como una nevada triste. Tiñó todo de polvo, desde la iglesia en lo alto, la plaza, los árboles a las barcazas de la orilla. La gente salió de sus casas, curiosamente. Limpiaron cada rincón del pueblo, incluso entre los ladrillos y las estatuas, como si fuese la cosa más importante del mundo, ajenos al griterío ascendente que traía el oleaje y los gemidos de metal de la gran bestia adentrándose en las profundidades.

No repararon en Nyota que, como un ratoncillo, husmeaba sus conversaciones. A la gente del pueblo le gustaba fingir que no podían verlas, ni a ella ni a su abuela. Por eso, Nyota sabía que podían ver el barco y a la gente que se hundía con él. Los escuchó decir:

«Aquí no cabe más gente». «Seguro que vienen a robar. Vienen a quitarnos las casas y los trabajos». «Son todos violentos». «Y qué más da que se mueran; en su país hay muchos».

Lo decían con voz queda, pero ella lo oyó todo. Había garabateado colérica aquellas palabras en sus papeles.

Corrió cuanto pudo hasta el acantilado para avisar a la abuela sin saber muy bien qué podrían hacer; una con las manos retorcidas y temblorosas. Nyota las masajeaba cada noche con aceite. La otra, pequeña y sin fuerza siquiera para arrastrar una de las barcas de los pescadores hasta el agua.

Bajo las nubes encendidas podía distinguir el movimiento de un hormiguero furioso debatiéndose entre las olas. El rugido de hierro en un último estertor. El remolino se formó después y arrastró todo lo que aún flotaba en la superficie consigo.

Después, silencio. Las luces de las casas se fueron apagando. Ya no había nada que hacer. Nyota siguió llorando y ardiendo hasta bien entrada la noche.

La abuela salió a buscarla preocupada por la tardanza y, cuando la encontró, su cabello todavía estaba en llamas. Las trenzas incandescentes formaban un túnel de luz que atravesaba el manto espeso de nubes. La niña se volvió con el pecho agitado por los sollozos. La abuela no dijo nada. Le tendió las manos abiertas y la estrechó contra su cuerpo. La condujo a casa dejando un sendero de cenizas.

Nyota se sentó en su taburete y la abuela se colocó detrás. Le acarició las sienes y la frente. Los dedos de la abuela eran frescos y suaves como hechos de barro. Los fue deslizando por su cabello y con cada pasada escapaba un siseo humeante. La casa olía a *fufu* y a carne guisada. Nyota cerró los ojos. Entre el cabello oscuro, latían los rescoldos.

—¡Odio este pueblo y a esta gente!

Su voz sonaba pastosa. Las lágrimas continuaban resbalando por su frente hasta el techo. La abuela las observó estrellarse sin decir nada. Espérance se limitó a continuar acariciando las ascuas trenzadas.

—No sé por qué vivimos aquí. Esta gente es mala. ¡Nadie ha hecho nada!

—Nyota...*mwána*...

La niña arrugó la barbilla.

—Lo siento, *koko*. Pero he escuchado lo que decían de esa pobre gente. ¡Seguro que también lo piensan de nosotras! No nos quieren aquí. Siempre seremos «de fuera». ¿Te da igual?

Bajo el chisporroteo, el rostro de Espérance parecía más arrugado todavía. Lleno de pliegues y surcos que la hacían parecer un viejo árbol. Sus ojos conservaban un brillo cálido. Sonrió con placidez. Nyota nunca se había fijado en que el cabello de la abuela estaba hecho de copos de ceniza blanca.

*A todo color*

—¿Qué cuento quieres que te cuente hoy? —respondió al fin.

—No tengo ganas —resopló Nyota.

—Te sentirás mejor. ¿Quieres que leamos uno de tus libros?

—Esos libros no tienen a gente como nosotras. Solo como ellos.

—Algún día tendrán. ¿No estabas escribiendo tú?

La niña sacudió la cabeza. Abrió las manos tiznadas.

—Todo lo que escribí ha ardidado. Todas las historias que me contaste. Las que yo me había inventado...No pienso escribir nunca más. ¿Para qué? De todas formas, nadie querrá leerlo.

La abuela la abrazó y la acunó canturreando mientras lloraba.

—Ya soy mayor para nanas —se levantó de un brinco—, me voy a dormir. Mañana iré al mar. Puede que todavía quede alguien.

La sonrisa se borró del rostro de Espérance.

—No vayas. Ni se te ocurra acercarte a donde se mecen las algas.

—¿Qué podría pasar?

—Escucha, niña, donde el agua es más cristalina y las escamas brillan más, donde escuches canciones tristes, nunca debes mirar. Donde las algas verdes danzan, no te debes acercar. Si te ve Mami Wata, consigo te puede llevar.

Como Nyota había vuelto a sentarse y la escuchaba hechizada, la abuela suspiró.

—Acuérdate de lo que le sucedió a Tamala. Desde que cayó al mar no ha sido la misma. Jamás volvió a hablar.

La abuela humedeció la almohada de Nyota por miedo a que se prendiese fuego durante la noche. El cabello continuaba exhalando vapor con cada vuelta que daba. Las palabras de la abuela silbaban en su cabeza y las confundía con los susurros de sus

trenzas candentes. Su pequeña habitación fue llenándose de una bruma que la envolvió. La acunó entre sus brazos hasta que se quedó dormida.

*La mañana encendió el rostro de la montaña. El pueblo entero vive encaramado a sus hombros. Como si temiera mojarse, recoge sus faldas. Banderolas de colores se agitan en el viento, la música y las campanadas resuenan en los ecos de los acantilados. Nadie mira la mancha oculta bajo el azul.*

Nyota recorrió las calles que serpenteaban hacia la cima. Caminaba como una sombra que sabe que puede observar sin que nadie repare en ella. Se habían afanado en limpiar la ceniza de los coches, ventanas y tejados. Incluso distinguió el brillo bronceo de las campanas de la iglesia pulidas. El casco del barco hundido era visible desde cualquier punto del pueblo. Quizá era por eso que todos sus habitantes caminaban de espaldas al mar.

El viento traía aromas de sal y arena, de algas recalentadas, gritos de gaviotas y el bramido constante del oleaje. Nyota los contempló moverse por el borde de las terrazas, algunos en precario equilibrio en el acantilado.

—¡Se va a caer al mar! —exclamó ella cuando un vecino agitó los brazos con fuerza tambaleándose. La miró con una mueca y respondió:

—¿Qué mar? No digas tonterías, niña.

Ella se asomó al precipicio arañado por la corriente. De la espuma asomaban rocas afiladas.

Aquel día hubo mercado. En la plaza todos los puestos estaban orientados hacia los muros de piedra. Los vendedores vo-

*A todo color*

ciferaban a pleno pulmón. Las campanas redoblaban una y otra vez, girando furiosamente sobre sí mismas. Los vecinos conversaban de un balcón a otro. Uno aporreaba el claxon de su coche y los timbres de las bicicletas canturrearon en respuesta. Los oídos de Nyota zumbaron embotados por el escándalo.

—¡Tamala! —exclamó. Aún tuvo que gritar un par de veces más.

La joven se volvió y la esperó delante de uno de los puestos. Era una muchacha de piel tan oscura que el sol le arrancaba destellos azulados. A Nyota le parecía muy bonita, aunque tenía siempre la mirada triste. Se preguntaba cómo sonaría su voz.

Fingieron no reparar en la vendedora que con un gruñido comenzó a esconder las baratijas de su mostrador.

—Tú si puedes ver el barco, ¿verdad? —preguntó Nyota tras saludarla.

La joven asintió con una expresión indescriptible. Le tembló la barbilla.

—Nunca me has contado qué sucedió. ¿Te da miedo el agua? ¿Por eso no hablas?

Tamala abrió los ojos, redondos por completo, pero no dijo nada.

—Voy a bajar al mar. Estoy segura de que aún hay gente que necesita ayuda. ¿Vienes conmigo?

La mano de Tamala la agarró, crispada. Tenía el rostro desencajado. Negaba una y otra vez con la cabeza.

Nyota se zafó, justo cuando su cabello comenzaba a encenderse de nuevo.

—¡Bien! Pues iré yo sola.

Corrió por las callejuelas empedradas. En la distancia podía distinguir la silueta de la joven contemplándola desde la plaza.

Sentía su mirada clavada en la nuca. El viento ondeó su hiyab. Se miraron hasta que Tamala dio media vuelta. El sol se acostaba sobre el horizonte cuando alcanzó la playa.

Un agua de un turquesa cristalino lamía la arena. Rastros de espuma quedaban prendidos entre las piedrecillas. Nyota trepó por las rocas del fondeadero para acercarse más. Por un instante olvidó lo que había venido a hacer. El azul la invadió y cada respiración se sentía como la primera que tomaba en mucho tiempo. Hasta su cabeza parecía más fresca, más clara. Se distrajo saltando de roca en roca persiguiendo cangrejos y los observó ocultándose en sus escondites. Cuando se quiso dar cuenta, estaba lejos de la orilla.

Allí el agua se volvía azul oscuro, casi negro. Sintió una punzada al imaginar la profundidad. Otra, cuando vislumbró largas ramas de algas ondulando bajo la superficie. Allí, lejos del pueblo y sus sonidos, solo escuchaba el rugir de las olas. Y algo más. Algo que había escuchado durante todo aquel tiempo sin ser consciente de ello. Una canción enmudecida escapaba del mar. Una canción que llenaba de congoja el alma y empañaba la mirada al reconocer su presencia. Nyota lloró, y por primera vez las lágrimas resbalaron por su barbilla, como si estuviese hecha de agua salada y su cuerpo luchase por regresar a su hogar.

El crepúsculo cubría de un manto de oro el mar. Los centelleos se multiplicaban en los espejuelos de las lágrimas y Nyota los confundió con joyas ocultas bajo la superficie. Le pareció que incluso podía alcanzarlos. Alargó la mano y los reflejos huyeron a toda velocidad. Se movían a su alrededor, se alejaban y regresaban. Se le escapó una sonrisa al pensar que había encontrado peces. Cuando alzó la cabeza, una joven la estaba observando.

## *A todo color*

Tenía un rostro redondeado y dulce, enmarcado por un velo que parecía hecho de espuma y algas pardas. La contemplaba sentada sobre una roca. Todo su cuerpo estaba recamado de escamas doradas que relucían en el atardecer.

Nyota tembló. Lamentó no haber hecho más caso a las advertencias de su abuela. Ahora Mami Wata la llevaría y la abuela se quedaría sola. Abrió la boca para pedir compasión, pero fue incapaz de emitir un sonido. Tampoco correr. Las piernas le hormigueaban aferradas a la piedra como si de raíces se trataran. En aquel momento la joven cerró sus ojos almendrados y de ellos escapó una perla irisada que se hundió en el mar. La desconocida alargó el cuello hacia los acantilados, buscando algo o a alguien. Sin palabras entonó una melodía llena de dolor y anhelo. A su voz se fueron sumando otras que emergían del oleaje. Cada una, una canción diferente. Aunque eran distintas, en todas se sentía la misma tristeza. Nyota se sentó en la roca y las escuchó hasta que terminaron de cantar. La primera joven se dirigió a ella:

—Tú no nos temes.

La niña salió de su hechizo, sorprendida como si la hubiesen atrapado en una fechoría. Creía que no eran capaces de verla.

—Por favor, no me hagáis daño —balbuceó cuando se acercaron.

—¿Daño? —exclamó una sirena de largo cabello negro, cubierta de turquesa—, ¿por qué íbamos a hacerte ningún daño?

—Mi abuela dice que no me acerque a las algas. Me ha contado que los seres del mar son...sois peligrosos. Que Mami Wata puede llevarme a las profundidades...

Nyota fue bajando la voz conforme hablaba. Agachó la mirada temiendo haberlas ofendido. Sin embargo, las sirenas dejaron escapar una risilla. Una de ellas se sentó a su lado. Su melena



de cobre y sus escamas nacaradas centelleaban bajo los últimos rayos de sol. Acercó una mano a las trenzas ardientes de Nyota.

—Pobrecita, ¿nos dejas que te peinemos?

La niña aceptó. Algo se conmovió en su interior y los pensamientos se le aceleraron. Tenían escamas, pero aquellas jóvenes le gustaban. Cada una era diferente a la anterior, sus rostros, ojos, cuerpos, eran de distintos colores. Hablaban, bromeaban, parecían tan entusiasmadas de tener compañía como ella misma. Si aquellos eran los seres del mar, o la propia Mami Wata, la abuela debía de estar equivocada.

Las sirenas humedecieron su cabello para apagarlo, pues las sensibles membranas de sus dedos se desprendían. Lo trenzaron adornándolo con perlas, joyas y trocitos de coral. Respondían encantadas a los cientos de preguntas de Nyota sobre el mundo bajo las aguas. Pero cuando quiso saber por qué tenían piernas cubiertas de escamas en lugar de colas de pez, sus rostros ensombrecieron.

Luminita, la sirena turquesa, se encogió de hombros. Contestó que no lo sabían.

—¿Sois felices en el mar?

—Felices...sí —respondió Niloufar, la más joven de todas, de miembros verde y plata.

—Porque vuestra canción es muy triste y he visto cómo llorabais.

Iryna, la de cabello cobrizo, todavía se afanaba en su peinado. Se limitó a responder con una sonrisa y continuó.

—Debéis de haber encontrado a la gente que iba en el barco cuando se hundió.

—El barco...El barco...—jadearon.

—Sí, el que se hundió la otra noche.

## *A todo color*

—Yo iba en él...—musitó Niloufar.

Nyota recorrió sus rostros, incrédula. Iryna agachó la mirada. La barbilla de Luminitza tembló.

—¿Erais vosotras las que viajabais en el barco?

—No solo en este —añadió la sirena dorada, Zafira—. El pueblo de las aguas está formado por las almas que se hunden en el mar.

—Por eso cantáis...porque echáis de menos la superficie...¿Por qué viajabais? ¿Cómo era vuestra vida?

—Apenas lo recordamos. Tan solo nuestros nombres. Tan solo una emoción, lo más importante para nosotras cuándo vivíamos en la tierra. No podemos describirlo con palabras, solo sentirlo. Por eso nuestra canción no tiene versos. Pero al caer la tarde, por un instante, recordamos todo aquello que perdimos. Entonces lloramos y antes de poder expresarlo, lo volvemos a olvidar. No queda nada, salvo el vacío que nos deja el recuerdo cuando desaparece.

—Podríais regresar a la tierra.

—¿Cómo podríamos? Miranos. Jamás nos aceptarían así. La gente nos temería. El mar nos engulló, ya nadie nos busca. Quizá nos han olvidado.

Un escalofrío recorrió a Nyota; Zafira tenía razón. Nadie hizo nada para rescatarlas cuando fueron humanas, ¿cómo iban a hacerlo ahora?

No sabía cómo explicarlo, parecían alegres y tristes a la vez. Cantaban al atardecer la melancolía por lo que ya no eran, pero su presente tenía una cierta paz. Vivían juntas, en comunidad y no se preocupaban del color que las cubría. Incluso la habían aceptado a ella, una niña con el pelo humeante. Nyota titubeó.

—¿Puedo ir con vosotras?

Las cuatro permanecieron en silencio.

—¿Por qué querías eso? —preguntó Luminitsa.

—¿Dejarías todo atrás para unirme a nosotras? —dijo Niloufar

—. ¿Estás segura?

Nyota dudó. El mar la llamaba con una intensidad desconocida. No se le había perdido nada en aquel pueblo en el que la trataban como si fuera invisible o como si tuviera que disculparse por existir. Bajo el agua no ardería más, tampoco recordaría nada de su vida humana. Entonces pensó en su abuela. Los cuentos. El calor de la cocina. Los abrazos. Pensó en la tristeza de sus padres cuando regresasen de la ciudad a buscarla. La abuela les explicaría que las hijas de Mami Wata se la habían llevado. A la abuela nadie le masajearía más las manos y los nudos se astillarían hasta sacar brotes. No se lo diría a nadie, pero caminaría cada día hasta el acantilado para ver el mar. La buscaría con la mirada y, poco a poco, echaría raíces allí. Los brotes de sus dedos crecerían hasta formar ramas y, cuando no pudiera moverse más, permanecería para siempre tratando de adivinar un destello de las escamas de su nieta entre la espuma.

—No...—respondió al fin.

Zafira se acercó y acarició su rostro. Trató de secar una lágrima, pero solo consiguió humedecer más su mejilla.

—Tú tienes muchas historias que vivir y contar todavía. Las nuestras son las historias que nadie cuenta. Nadie nos recordará después de convertirnos en espuma. Incluso nosotras las hemos olvidado. No sabemos quién nos llora o si nos echan de menos. Jamás sabrán lo que nos sucedió. El mar nos devoró como a otros tantos.

Nyota no respondió. Las palabras de Zafira nadaron en su cabeza, arrullándola sobre la arena. Apenas sintió el chapoteo

## *A todo color*

de las sirenas regresando a las profundidades o el sol naciente calentándole la piel.

La despertó un zarandeo y el rostro preocupado de Tamala. Estaba muy nerviosa, con un ojo puesto sobre ella y otro en las olas. La condujo hasta su casa donde la abuela la esperaba. Esperance se lanzó a sus brazos sin dejar de temblar.

—Estoy bien, *koko*.

La abuela no dejó marchar a Tamala sin que se llevase algo de comida y la persiguió dándole las gracias. Pero en cuanto se marchó, la abuela pareció otra.

—Te dije que no te acercases al agua.

—Deja que te explique.

—¡Me has desobedecido! ¿Sabes el peligro que has corrido? ¿Sabes lo preocupadas que estábamos por ti? ¿Qué les explicaré a tus padres si los seres del mar te llevan? ¿Qué puedo hacer sin ti?

—¡Las he visto! ¡He visto a los seres del mar! ¡No son malas! No me han hecho nada malo, mira —exclamó ella mostrándole los adornos de su pelo.

—¡Nyota, no me estás escuchando! ¡Son peligrosos! ¿No lo entiendes?

—Pero si son...

—¡Deja de replicarme! ¡No son personas!

—¿En qué se diferencia la gente de las aguas de nosotras? ¿Qué tienen de distinto unas escamas de plata y una piel oscura o clara? Si las tememos por ser diferentes, ¿no actuamos como todos los demás?

La abuela guardó silencio con la boca apretada. Nyota nunca la había visto tan enfadada. Le contestó con un susurro.

—Vete a tu habitación y no salgas.

Nyota entró dando zancadas y todo crepitaba a su alrededor. Los papeles se arrugaban sobre sí mismos a su paso y los libros amarilleaban bajo la llamarada de su cabeza. Abrió el ventanuco para dejar salir el humo.

La canción de las sirenas ascendía desde la playa hasta el acantilado y, ahora que las conocía, sintió una pena indescribible. Era incapaz de ayudarlas como lo fue la noche del hundimiento. Lloró de impotencia, avergonzada. Era la segunda vez que les fallaba.

—Nadie recordará sus historias porque nadie quiere escucharlas— murmuró.

Solo ella se atrevió a acercarse lo suficiente a la playa y, aunque la canción la conmoviese en lo más hondo, desconocía su significado.

La melodía se colaba a través de la ventana y caracoleaba entre las llamas. Nyota cerró los ojos. Primero fue una palabra, tímida, que comenzó a formarse en su mente. Reconoció la voz de una de las jóvenes. Luego otra. Tenía que escribirlo. Rebuscó entre los papeles chamuscados.

La abuela ya se había acostado y la casa permanecía en silencio. Corrió de puntillas para hacerse con un cubo y lo llenó. Lo depositó junto a su mesa. También había cogido una de las agujas con las que la abuela se entretenía tejiendo. Acercó la punta a su cabello hasta que quedó al rojo vivo y entonces arañó el papel mojado.

*Luminitsa canta como ríen las gaviotas. Su voz vibra, salta y baila. Ella también bailó. En una habitación llena de gente celebrando, ella se sienta en el centro. Hay un hombre mayor a su lado. Las lágrimas resbalan bajo el velo*

*A todo color*

*y mojan los encajes de su vestido. Solo piensa en volar lejos. Dicen de ella que echa el mal de ojo a las otras muchachas. Solo las mira con envidia cuando van a estudiar.*

Nyota volvió a acercar la aguja a su pelo y sumergió el siguiente pelo. Cerró los ojos concentrándose en escuchar.

*Iryna tiembla y apenas habla. Es tan solo un soplo cuando el mar atrona. Calla cuando las olas estallan contra las rocas. A veces su voz se desgarran como un vendaval. Todo se derrumba a su alrededor. Carreras y subterráneos. Gritos y explosiones. Las olas vuelven a chocar. Escapó cuando no le quedó nadie a quién proteger. Cuando no quedaron más que ruinas.*

El farol sobre su mesa titilaba, pero ella escribía sin descanso iluminada por su propio fuego.

*El mar ruge y Niloufar con él. Asoma entre la rocalla y agita su cabellera al viento. No quiere ni que el agua la cubra. Se arranca el velo y grita. Orgullo. Persecución. Se esconde de sombras negras. Están armadas. Le da igual. Jamás se cubrirá porque ella no lo quiere.*

Las últimas estrellas comenzaban a extinguirse en el cielo. Nyota calentó una vez más la aguja. Tenía los dedos cubiertos de ampollas y no sentía la piel. Todavía no había escuchado a Zafira cantar y comenzaban a llegar los primeros sonidos procedentes del pueblo: el motor de la camioneta del panadero, las conversaciones de los vecinos.

Sabía que no sería capaz de dormir hasta comprender la historia de Zafira. Su canción fue la que se le retorció dentro al oírla en la playa. Se asomó cuanto pudo a la ventana.

Una melodía sutil, melancólica, ascendió desde la costa y, como si tuviese dedos, acarició los acantilados y la hierba hasta su casa. Como si quisiera que pudiera entenderla. Nyota escribió.

*Zafira llora. Su voz sube como la marea y se mece en el oleaje. Su lamento viene y va y se resquebraja en la espuma. Lloro la pérdida de un amor. Anhela y besa. Siente culpa. Separación. No se debe amar lo que está prohibido. Haram. No quiere obedecer. De nuevo la culpa. Renuncia. Decisión. Subió al barco para vivir libre su amor y abandonó a su familia. Ahora ya no tiene nada.*

Nyota continuó reconstruyendo cada noche los fragmentos de aquellos relatos perdidos. Escribía entre lágrimas que caían sobre el papel ya mojado, dibujaban ondas y espirales que recordaban al fondo del mar. La pila de papeles cubrió la mesa y el suelo. Cuando quiso darse cuenta estaba rodeada por todas las historias de las sirenas, no solo de las que había conocido, sino muchas otras. Lloró de pena también al comprender que la gente del mar era igual que la de la tierra; gente que sufrió y amó. Que no querían hacer ningún daño. Mami Wata no se los había llevado, sino que los había protegido entre sus brazos, como una madre.

Por eso las había escrito; para protegerlas del olvido.

Un gruñido del estómago la sacó de su ensoñación. ¿Cuánto tiempo llevaba encerrada? Incluso había olvidado por completo

## *A todo color*

la discusión con su abuela. De algún modo, el mar había conseguido atraparla. Abrió la puerta de su cuarto y a sus pies encontró un plato de *moambé* humeante.

—Señor, ¿quiere uno? —dijo alargándole una de las copias todavía húmedas a un vecino. Él la ignoró.

Nyota suspiró intentando infundirse valor. Apenas le salía un hilito de voz cuando intentaba dirigirse a ellos, las palabras se le enredaban, aunque hablaba perfectamente el idioma. Dio unos saltitos para relajarse y continuó ascendiendo hacia la plaza en la cima.

Paró a todo aquel con el que se cruzó para entregarles los papeles. Algunos le sacudieron la mano indicándole que se alejase, una le cerró la puerta en las narices.

Se aproximó a un anciano que solía tomar el sol en uno de los bancos de piedra cada día. El hombre alargó la cabeza intentando ver por encima de ella. Parecía vigilar las entradas y salidas de la taberna. Se le escapó una sonrisa leve entre los pliegues de la piel. Nyota se volvió. Otro hombre salía apoyándose en un bastón mientras arrastraba los pies hasta una de las sillas de plástico. Cuando ella lo miró, el anciano se puso nervioso.

—No me molestes, niña. Largo.

Ni siquiera el librero los quiso. Apartó los papeles del mostrador con el dorso de la mano.

—¿Qué es esta porquería? A mí no me dejes esto aquí. Vete a jugar a otro sitio.

Ni siquiera quiso escuchar sus explicaciones mientras la empujaba fuera de la tienda. Otra anciana, una que normalmente le sonreía, se limitó a echarles un vistazo por encima.

—Ah, muy bonito, pero no entiendo tu idioma.



—Pero... si está en el suyo...—titubeó Nyota.

—Que no, negrita, no entiendo qué me dices.

Tuvo que alejarse cuando sintió el chisporroteo ascendente de las llamas. Había aguantado los desprecios de todos los habitantes, se había esforzado en mantener la calma porque creía con todo su corazón que escuchar a la gente del mar era importante. Desde la plaza podía ver el mar, de un azul tan refulgente que dolía, y el almacén del barco hundido bajo sus aguas. Los centelleos del sol le sacaron lágrimas y no supo si era por la propia luz o porque pensaba en las sirenas.

—Lo siento —musitó—. Lo he intentado y no ha servido de nada.

Arrojó sus escritos a una papelera cercana jurándose que, ahora sí, jamás volvería a escribir y regresó a casa.

Un vendaval procedente de la montaña azotó el pueblo y acalló el griterío del atardecer. Agitó los papeles de Nyota y, como si les hubiesen crecido alas, se elevaron en la corriente. Tomaron la forma de aves que sobrevolaron el pueblo.

Justo cuando llegaba al acantilado, la abuela salió a su encuentro.

—¡Nyota! ¡Mira, mira! ¡Grullas coronadas!

Y era cierto, una bandada de grullas con sus brillantes penachos amarillos giraba alrededor de la montaña.

—¿Cómo habrán llegado hasta aquí? ¡Estos pájaros solo se ven en casa!

—¿Echas mucho de menos África, *koko*?

—Constantemente.

Permanecieron abrazadas contemplando las aves desde su acantilado. Nyota sintió una gotita en su cabello que silbó y humeó. Apretó todavía más fuerte la mano de la abuela.

## *A todo color*

Las grullas revolotearon en círculos y, en cada aleteo, liberaban papeles que aterrizaron sobre las manos de los habitantes del pueblo. El viento los había secado y estaban escritos con una hermosa letra plateada que relucía bajo el sol.

Cayeron sobre el regazo del anciano de la plaza y en el mostrador del librero. En los puestos del mercado y las mesas de la taberna. Los ruidos y las conversaciones cesaron. Callaron las campanas y las bocinas. El pueblo enmudeció por primera vez. Una melodía triste ascendió desde la playa y recorrió las calles en pendiente como una moradora más. Los rostros comenzaron a volverse hacia el mar. Uno tras otro, se encaminaron allá.

Nyota se alarmó. Aunque su abuela intentó retenerla, le tomó la mano y tironeó.

—Por favor, *koko*, pueden hacerles daño a las sirenas. No son malas, son mis amigas. Acompáñame para ver que están bien, por favor, por favor.

Espérance aceptó al verla tan preocupada. Intentó tranquilizar a su nieta que a cada paso repetía que, si les ocurría algo, era por su culpa.

Alcanzaron las últimas la arena. Allí estaban todos, desde el alcalde al librero. Parecían estatuas clavadas entre las dunas, inmóviles y boquiabiertas. En la orilla esperaban las gentes del mar como lentejuelas centelleando al atardecer. Zafira se adelantó y abrió los brazos. Se escuchó el alarido de una voz desconocida. Pasó a la carrera sin que les diese tiempo a reconocerla.

—¡Zafira! ¡*Habibti!*

Tamala se abrazó a ella entre risas y lágrimas. Zafira la besaba sin dejar de llorar. Fue entonces cuando Nyota se dio cuenta de que el anciano de la plaza y el del bastón, entrelazaban sus manos e intercambiaban una mirada que pareció contar años de angustia y silencio.

—Por favor, no les hagáis daño, la gente del mar es buena, son hijas de Mami Wata, son las personas que vinieron en el barco —suplicó Nyota.

—Qué vergüenza —admitió la mujer que fingió no entenderla antes—, gente como Iryna, huyendo de una guerra, como hicieron mis padres cuando vinieron a este pueblo, exactamente igual...

—Yo escapé de casa cuando quise estudiar y mis padres insistían en que debía cuidar la granja familiar, que los libros eran tonterías y me metían ideas raras en la cabeza —suspiró el librero—, como Luminitsa.

Uno tras otro fueron contando sus historias personales; cómo uno se unió a la revolución cuando era joven y se pasó la vida huyendo, cómo sus padres y sus abuelos escaparon de una dictadura. Cómo el pueblo los acogió a todos sin hacer preguntas. Y cómo por miedo a lo diferente se cerraron. Por eso hicieron sonar las campanas. El megáfono del pueblo anunció pregones sin tener nada que anunciar. Gritaban en discusiones absurdas y hacían sonar los cláxones por miedo a escuchar la canción que venía del agua que les llenaba de recuerdos dolorosos y de vergüenza.

*El tiempo pasa y gente de todos los colores recorre las calles. En una casa con embarcadero Tamala y Zafira se aman. Los dos ancianos también se mudaron juntos. Niloufar charla en la arena con el viejo revolucionario y Luminitsa estudia con el librero. Al atardecer el pueblo entero canta y su música es alegre. La abuela y yo nos sentamos en las rocas a escuchar y cantar con ellos. Tenemos los mismos miedos y añoranzas, las mismas pasiones,*

*A todo color*

*todos somos los mismos. Un cuento se une a otro y nos conocemos más de lo que lo hicimos nunca. Nadamos juntos, sin importar piel o escamas, desde la orilla hasta donde las algas se mecen.*



## Saru

**Laura Gabriela Castro González**

*¿Con qué he de irme?  
¿Nada dejaré en pos de mí sobre la tierra?  
¿Cómo ha de actuar mi corazón?  
¿Acaso en vano venimos a vivir,  
a brotar sobre la tierra?  
Dejemos al menos flores.  
Dejemos al menos cantos.  
- Nezahualcóyotl*

Hoy me trenzo el cabello. Recuerdo cuando lo hacía mi abuela, hace mil lunas. Sus arrugados y frágiles dedos eran firmes cuando se trataba del tejido, fuera de cabello o de algodón. Era la mejor tejedora de la aldea y sus alrededores. Nuestra maestra. Ella insistía en la importancia de llevar siempre el cabello bien limpio y trenzado. Todas las noches me lavaba y peinaba con delicadeza, mientras tarareaba las melodías que le había cantado su abuela alguna vez cuando, juntas, vivieron el ritual que ahora nosotras repetíamos.

*A todo color*

—*Nukapa umawa allilla iuaini...*<sup>1</sup>

—Abuela...

—¿Mmm?

—¿Por qué nos trenzamos el cabello?

—Porque nuestro cabello guarda nuestra sabiduría y nuestra sabiduría es nuestro poder. Lo trenzamos para que quede guardado y no se nos escape.

Mis trenzas siempre fueron muy negras y muy largas. Todas las niñas, mujeres y abuelas llevábamos el cabello trenzado. Los niños, hombres y abuelos también. Todos portamos la sabiduría. El poder está en cada uno.

Cuidábamos nuestro cabello no por vanidad, sino porque era el cofre en el que guardábamos nuestro más valioso tesoro. Un día, mientras correteábamos tras las gallinas, a mi amigo Ari se le enredó su trenza en una maraña de ramas. Por más que su abuela trató y trató, fue imposible desenredarla. Hubo que cortarla. Ari, muy serio, resignado ante su destino, se mantuvo imperturbable. Se le pusieron los ojos brillantes, pero no lloró, porque entendió que no se podía quedar con ese terrible nido en su cabeza para siempre. Sin embargo, todos vimos en su mirada el profundo dolor de la humillación.

Abuela y yo vivíamos en una pequeña casa, en una pequeña aldea, en un pequeño país. Allí, el Sol no calentaba ni mucho ni poco. Lo justo. No llovía ni mucho ni poco. No teníamos ni mucho ni poco. Cada uno tenía lo que necesitaba y vivíamos bien. Maíz, plátano y yuca. Agua y peces. Telares y algodón. Techo y chinchorro. Tierra y viento. Las niñas aprendíamos de las muje-

---

1. Fragmento de la canción ancestral *Kilkadursh*, de Mariela Pujimuy, autora del Pueblo Inga.

res a lavar y a cocinar. Y, de las abuelas, a tejer. Los niños aprendían de los hombres a labrar la tierra. Y, de los abuelos, a contar.

Hace mucho tiempo que no pienso en mis padres. Madre tenía una sonrisa comprensiva y una mirada amorosa. Su voz me cantaba las más hermosas melodías mientras me daba de comer. Padre tenía unos brazos fuertes para abrazar. Me levantaba, me elevaba hasta el cielo y me hacía volar como un pájaro cantor. Solíamos ir los tres juntos al río a ver el agua correr y nos salpicábamos goticas con los pies.

—¿Sabías que venimos del Agua, Saru?

—Cómo vamos a venir del agua, mamá, seríamos como los peces.

—Venimos del Agua, como los peces. Y el Viaje Eterno no es más que un retorno a ella. Un reencuentro con los dioses y con nuestros ancestros.

—¿Haremos un viaje, papá?

—Sí, pero para eso aún faltan muchas lunas.

Estuve con ellos un tiempo, pero después tuve que vivir con Abuela porque Madre y Padre partieron al Viaje Eterno cuando mis trenzas aún eran muy cortas.

—Abuela...

—¿Mmm?

—¿El Viaje Eterno es muy largo?

—El Viaje Eterno dura lo que tiene que durar.

—¿Y si las personas se cansan?

—Cuando emprendes ese viaje, ya no te cansas más.

—¿Ni me duelen los pies?

—Tampoco existe más el dolor.

—¡Ojalá pueda hacerlo pronto, suena divertido!

Iba a hacerlo pronto. Por eso, hoy me trenzo el cabello.

\*\*\*

Veo un fuego encendido. Es pequeño, sutil, pero lo veo. Cuando era niña, solíamos sentarnos junto al Fuego. Que no era pequeño ni sutil, sino imponente y poderoso. Aunque los niños y las niñas aprendíamos cosas diferentes, junto al Fuego éramos todos iguales, pues a todos nos calentaba e iluminaba por igual. Además, todos teníamos oídos para escuchar, ojos para ver y voz para cantar. A veces, el Taita hablaba. Explicaba que nuestros Abuelos, las grandes Ceibas, estaban allí para protegernos, para enseñarnos.

—Al principio no había nada. Con el aire, apareció el ruido, el sonido, la vida. El hombre fue llanto, risa, grito. Se hundió en el silencio de la reflexión y el aprendizaje para emerger de ello con la palabra, con la música<sup>2</sup>.

Podíamos permanecer horas y horas escuchando al Taita con el mayor asombro. Nadie se aburría, nadie se dormía. Permanecíamos sentados, en postura alerta, absortos en sus historias y enseñanzas. Sus palabras eran pronunciadas con tanta solemnidad que nosotros lo escuchábamos con la mayor atención y respeto. Era el hombre más sabio de los alrededores y tenía la trenza más larga de todas.

Otras veces, si el Taita estaba compartiendo su sabiduría con los hermanos de alguna aldea vecina, cantábamos. Era la fiesta del Fuego. Tambores, flautas, charangos, nuestros cuerpos, nuestras voces. El Fuego se avivaba con nuestros cantos, bailaba al ritmo de nuestro son. Era parte de nosotros y nosotros parte de él.

---

2. Recopilación y estudio de Benjamín Yepes sobre la música del Pueblo Huitoto en Colombia.



«*Nukapa sunguwa allilla kuiani  
Chasa runasina allillami kausani*<sup>3</sup>».

La música es magia. Trasciende el tiempo y el espacio. Aún hoy, que estoy tan lejos de *mi* tiempo y de *mi* espacio, recuerdo con claridad los momentos en que la música era nuestro lenguaje. Ari había aprendido de su padre a tocar el charango y yo cantaba igual que la Abuela. La belleza de la música me hacía admirar también la belleza del silencio. Porque, en el silencio, el Fuego nos hablaba.

Una noche, nos quedamos solos Ari, el Fuego y yo.

—Me gustaría ver el mundo.

—El mundo es donde vivimos.

—...

—Sí, pero es solo un pequeño mundo. Hay uno más grande.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Joaquín.

—¿Ha regresado?

—Sí, regresó de ver el mundo y dijo que no se parece en nada a aquí.

—Pero ¿cómo puede ser tan diferente?

—Dice que es diferente porque en *ese* mundo las personas *son* diferentes.

—...

—¿Cómo diferentes?

—Son blancos.

—¿Blancos?

—Blancos como el algodón.

---

3. Fragmento de la canción ancestral *Kilkadursh*, de Mariela Pujimuy, autora del Pueblo Inga.

*A todo color*

—¿Y qué más?

—Dice que no se trenzan el cabello. Y que los hombres lo llevan corto.

—Entonces por eso somos diferentes. Porque ellos no saben.

—¿No saben qué?

—No saben nada. No tienen sabiduría. Nosotros sí y por eso la protegemos.

—...

Eso hablábamos Ari, el Fuego y yo.

Hoy veo un fuego encendido. Pero, por más que lo intento, no logro escucharlo.

\*\*\*

Siento frío. Cuando cumplí catorce años, tejí mi primera ruana de algodón. Me tomó días y noches enteras memorizar el patrón. Jena lo logró antes que yo. Me encantaba sentarme a observarla tejer. Era un tejido precioso y colorido. Estaba tejiendo el patrón que representaba a Inti, el Sol. Fruncía el ceño y se concentraba. Me permitía observarla, pero no hablar. No debía distraerse.

Tejer la primera ruana era muy importante porque quería decir que estábamos listas para inmortalizar la sabiduría de nuestro pueblo en los tejidos. Éramos las mensajeras y teníamos una gran responsabilidad en nuestras manos. Cuando me sentí preparada, hablé con Abuela.

—El algodón es como el cabello. Cuando emprendemos el Viaje, llevamos nuestro cabello con nosotras, pero la sabiduría se debe quedar. Por eso, la pasamos de nuestro cabello al algodón y allí se queda para siempre.

Mientras tejía, pensaba en el poder de mis manos. Cómo, siendo tan pequeñas, eran capaces de hacer que nuestra sabidu-

ría se volviera eterna al cruzar y cruzar gajos de algodón teñido. Y, también, pensaba con preocupación en los blancos. ¿Por qué no les habían dado el regalo del tejido? ¿Por qué no trenzaban el cabello ni el algodón? ¿O lo habían olvidado? ¿Cómo aseguraban la permanencia de su existencia? Pensar en los blancos me hacía sentir triste.

Ari decía que quería ir a ver el mundo de los blancos porque sentía curiosidad.

—¿Qué significa curiosidad?

—Curiosidad es cuando no sabes algo y quieres descubrirlo.

—¿Y qué es lo que no sabes?

—No lo sé. Por eso tengo curiosidad.

—¿Y solo puedes descubrirlo allá?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque aquí todos somos iguales. Todos sabemos lo mismo. Ellos son diferentes. Deben de saber otras cosas.

Entonces, yo también quise ir al mundo de los blancos. Yo no sentía curiosidad, pero quería ayudarlos. Quería contarles que, así como nosotros, ellos también podrían prepararse para que el Viaje Eterno no los tomara por sorpresa. Quería enseñarles a trenzar sus cabellos, el algodón y a cantarle al Fuego. Mientras tejía y tejía, me imaginaba atravesando la selva, dejando atrás a los Abuelos y compartiendo la sabiduría de mi pueblo a los blancos.

No sé si lo logré. Solo sé que mi ruana está ahora muy vieja y siento frío.

\*\*\*

## *A todo color*

Me siento cansada. En mi aldea, cuando los hombres se cansaban, mambeaban.

Resulta que en mi aldea cultivábamos la Planta Sagrada<sup>4</sup>. Una planta hermosa, de hojas bonitas, que comparte tierra sagrada con el maíz, el plátano y la yuca. Cual Madre, es bendita, llena el alma y calma el hambre. Es el tesoro de mi pueblo, la recibimos como regalo del Sol, nos sana y nos comparte su sabiduría.

Cuando se mezcla con las cenizas del yarumo, se transforma en mambe. Y el mambe es lo que les permite a los hombres recorrer largas distancias sin agotarse y disponer su alma al encuentro con los Espíritus de la Naturaleza. Ari me contó una vez que mambear es una práctica principalmente masculina pero que, en algunas aldeas, las mujeres también pueden hacerlo.

He escuchado que hay personas que no entienden la naturaleza de esta Planta. Que corrompen su esencia, dejándose llevar por la avaricia y el orgullo. La Planta Sagrada no tiene nada que ver con esto, sino con bienestar y sanación.

El día que Ari se fue, le hice un mambe especial.

—Tienes que estar preparado.

—Lo sé.

—No sabes con lo que te enfrentarás.

—Estaré bien.

—Debes tener cuidado.

—Saru...

—Prométeme que, por más cosas nuevas que aprendas, nunca olvidarás *tu* mundo.

—Nunca te olvidaré. Lo prometo.

Tenía miedo de que Ari se cansara tanto con el viaje de ida,

---

4. Referencia a la canción *Planta Sagrada* del cantautor colombiano Gustavo Adolfo Rengifo.

que ya no le quedaran fuerzas para el viaje de regreso. No sabía a qué distancia quedaba el mundo de los blancos. No habían sido muchos de nosotros los que hubieran dejado el territorio. Y, los pocos que lo habían hecho, no habían regresado. Solo Joaquín, que, en ese entonces, ya estaba muy viejo. Tenía miedo de que Ari no volviera.

Y, cuando Ari no volvió, salí a buscarlo. Por eso estoy tan cansada.

\*\*\*

Recuerdos que se amontonan en mi pensamiento como gallinas en el corral. Tomar la decisión de irme fue difícil, pero no podía permitir que mi vida siguiera pasando sin Ari a mi lado.

—Abuela...

—¿Mmm?

—Me voy.

—Recuerda que nos hace falta sal.

—Abuela...

—¿Mmm?

—Me voy por un largo tiempo. Pero volveré. Tengo que encontrar a Ari.

—Solo encontramos aquello que desea ser encontrado.

—Lo sé. Regresaré.

\*\*\*

Cuando salí de la aldea, creí que lo más difícil iba a ser atravesar la selva. Pero caminar descalza, enfrentar la lluvia, la humedad, el sofoco y el cansancio fue lo más sencillo de todo. Fueron las palabras, *esas* palabras, punzadas más terribles que las picaduras del insecto más ponzoñoso.

*A todo color*

- Es pobre.
- Que se devuelva.
- Huele mal.
- Seguro viene a robar.
- Está sucia.
- Camina descalza.
- Es salvaje.
- Con ese cabello... debe de tener piojos.
- Cuidado.
- Es maliciosa.
- No la mires.

Y eso fue solo al llegar.

Efectivamente, la diferencia más grande era el color de piel. Blancos como el algodón. Altos como las guaguas. Arrogantes como ellos solos. Me hablaban a gritos y gesticulando, como si yo no fuera capaz de entender todo lo que me decían. A medida que avanzaba en mi camino, la vegetación iba desapareciendo para dar paso a complejas construcciones en materiales que yo no conocía, pero que se veían más resistentes que los que usábamos para nuestras malokas. El camino dejó de ser de suave musgo y se convirtió en frío asfalto. Tuve miedo. ¿Ari tendría miedo?

Comprobé con asombro los detalles que nos había contado Joaquín: hombres y mujeres llevaban el cabello largo o corto, pero suelto, sin trenzar. Sus ropas eran diferentes, hasta su caminar era diferente; con prisa, con afán, sin mirar a nadie a los ojos. Además, había mucho ruido, siempre mucho ruido. Había tanto ruido que a veces no escuchaba mis propios pensamientos. En medio de todo este ruido, ¿cómo iba Ari a escuchar mi llamado?

Los primeros ciclos lunares me dediqué a vagar calle por calle preguntando por él, intentando describirlo. Pero pronto me di cuenta de que no tenía sentido hablar a personas que se comportaban como si yo fuera invisible, como si fuera una nadie<sup>5</sup>. Y yo sí era alguien, era Saru y estaba buscando a mi amigo Ari.

No tardé mucho en darme cuenta de la importancia que tenía para los blancos el intercambio de papel y de metal, objetos a los que llamaban dinero. Así que, como pude, me hice con una docena de limones y el dinero me hizo visible.

—¡Limones, limones! ¿Ha visto a un joven con una trenza?

—¡Llévelos, jugosos! Se llama Ari, ¿lo han visto?

—¡Limones de temporada! Tiene la piel oscurita como yo...

¿Cuánto tiempo llevaba lejos de mi hogar? ¿Qué pensaría Abuela del dinero? ¿A cuántas personas había preguntado por Ari? ¿Por qué nadie se miraba a los ojos? ¿Cuántas calles había recorrido ya? ¿Cuántos limones más tendría que vender hasta encontrarlo? ¿Por qué nadie se trenzaba el cabello? ¿Acaso a los blancos no les importaba desaparecer? ¿Ari iba a desaparecer? ¿Y yo?

\*\*\*

—Claro que recuerdo a Saru. Cómo olvidarla. Si fue frente a mi puerta que vendió sus primeros limones. Siempre me pareció una mujer llena de una fuerza que no sabía de dónde le salía. Sus ojos parecían dos llamas encendidas y su rostro se iluminaba cuando alguien le pedía detalles de Ari. Cuando me enteré de que dormía en una banca en la plaza, me la traje para acá y la acomodé en un cuartito que tenía desocupado con balcón a la

---

5. *Los nadies*, Eduardo Galeano.

## *A todo color*

calle, para que le quedara fácil darse cuenta si su Ari pasaba por casualidad.

»Se levantaba todos los días antes de que el sol asomara. Nunca entendí esa ansia madrugadora, pero ella decía que no podía permitir que el amanecer la encontrara en la cama. Salía de su cuartito ya con el cabello trenzado, su ruana tejida y tomaba su canasta de limones para ir a recorrer la ciudad. Vendía limones, sí, pero su principal misión era encontrar a Ari. No creo que le quedara calle, callejón ni callesita por recorrer. Todos en la ciudad terminamos por conocerla a ella y a su historia. Saru volvía tarde en la noche, arrastrando los pies, con la canasta vacía, igual que su corazón.

»No, nunca. Jamás la vi con el cabello suelto. Desde que la conocí, siempre portó sus gruesas trenzas de manera impecable. Fui testigo de cómo fueron perdiendo su color con el tiempo. Pensar que ese negro azabache se transformó en el blanco más limpio y puro... Al final, sus trenzas eran tan largas que se extendían a su espalda por el suelo y se arrastraban como dos largas y brillantes serpientes que la seguían todo el día con sigilo por las calles de la ciudad.

»Con el tiempo, Saru se fue consumiendo como una vela. Su vitalidad y lucidez se apagaron de a poco. Su andar se volvió tembloroso y volvía con la cesta igual de llena que cuando salía. Me di cuenta de que había dejado de ofrecer los limones y se dedicaba a sentarse con los transeúntes a hablarles de Ari, de su territorio, de Abuela y de las fiestas del Fuego. La gente igualmente le daba dinero y la escuchaba con compasión. Cuando la veían deambulando sola, con la mirada perdida, tarareando melodías ancestrales, la tomaban del brazo y me la traían. Creo que todos la quisimos mucho. Y siempre nos sentimos un poco culpables por no poderle dar razón de su Ari.



»Una vez, se ofreció a trenzarme el cabello. Yo siempre lo llevaba suelto y enmarañado, qué tiempo iba a tener yo de peinarme. Esa noche, Saru entró, dejó la canasta llena de limones en el suelo, se quedó mirándome fijamente y dijo con su voz pausada: «Amalia, tu sabiduría se escapa, déjame atraparla por ti». Me sentó en el banquito de la cocina y se paró detrás de mí. Sentí cómo sus manos acariciaban mi cabello y lo trenzaba con una agilidad innegable. No sé cómo expresar lo que viví en ese momento. Nunca me había sentido tan cuidada, tan consentida, tan... amada. Cuando terminó, suspiró: «Ahora ya todo está bien». Subió las escaleras con dirección a su cuartito y eso fue todo. A la mañana siguiente, en vista de que el sol salió y ella no bajó, subí a su habitación, pero no había rastro de ella, solo su cama se encontraba empapada por un gran charco de agua.

\*\*\*

Huelo limones. Mis trenzas ya no son negras, son blancas como las nubes del cielo. El pequeño fuego ha crecido, ahora sí es Fuego, como el de mi hogar. Lo sigo. *Nukapa sunguwa allilla kuiani...* La música resuena en mis oídos y ya no tengo frío. Recuerdos, recuerdos, recuerdos. Una vida buscando, anhelando, esperando.

Una vida buscando a Ari, a mi amigo. Buscando respuestas a tantas preguntas, a tantas cosas que no comprendía. Anhelando un abrazo sincero. Esperando el momento de sanar, de perdonar, de regresar.

De repente, ya no me siento cansada. Entonces Abuela tenía razón. Empiezo a caminar en dirección al Fuego, la música es cada vez más intensa y, en ese instante, me empiezo a ver rodeada de Agua. Agua cristalina y fresca como el Agua del río

*A todo color*

en el que jugaba de niña con... Entonces, los veo: Madre, Padre, Abuela, mis ancestros. Han venido a por mí. Han venido a acompañarme en mi Viaje Eterno. Y ahí está él también, Ari, con su larga y gruesa trenza, que me observa, sonriendo. Por fin.

***Sueños con el Kumbarewal***, de Allan Enrique Acho Martínez  
***Abrazo sin compromiso***, de Ángel David Palacios Abadía  
***La abuela meteorito***, de Ángela Castro

***Donde las algas se mecen***, de Cassandra Ripoll  
***El bloque de vecinos***, de Eva María Pascual Aceituno  
***El llanto de Munay***, de Felipe Tenenbaum

***Saru***, de Laura Gabriela Castro González  
***El mapa de mi cole***, de M. Soledad Sánchez Sánchez-Tembleque  
***El jardín de los mil mundos***, de Raul Abílio Mabasso

Ilustración de cubierta de  
Adaora Onwuasoanya Martínez